Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII | San José, Costa Rica **1929** Sábado 1.° de Junio | Núm. 21

SUMARIO

Capítulo consagrado a estudiar la misión del Padre Goicoechea en la evolución de Centro América

El segundo libro de la serie La Mentalidad Colonial, *de que es autor el Licdo. Virgilio Rodríguez Beteta, acaba de aparecer en la Editorial París-América, y está destinado al estudio de la evolución de las ideas coloniales. El libro, como los demás de la serie, ha sido premiado con un Gran Premio de Medalla de Oro por la Academia Americana de la Historia, de Buenos Aires, y su primer capítulo, o sus primeros capítulos, mejor dicho, están consagrados a analizar la obra realizada por el insigne costarricense fray Antonio de Liendo y Goicoechea.*

Después de hacer el autor una síntesis de la forma en que se operó la lucha entre los tres grandes poderes coloniales, el rey, el conquistador y sus descendientes y el fraile o cura, lucha en que el fiel de la balanza lo decidía el último, algunas veces a favor del rey, como sucedió cuando las Leyes de Indias, y otras a favor del criollo descendiente de los conquistadores, como sucedió cuando la Emancipación, entra a estudiar la obra de Goicoechea en los cuatro capítulos siguientes:

El iniciador de la época de la evolución.—La reforma empieza en la Universidad y de allí se difunde a todas partes

Es el primero del grupo innovador, en cronología e importancia, el ilustrado (y hasta sabio puede llamársele para la época) y bondadoso Liendo y Goicoechea. Había nacido en Costa Rica, la provincia más apartada y meridional del reino, y aunque vino a Guatemala muy joven, quizá alguna viva impresión haya podido grabársele del lamentable estado de abandono de los puertos o regiones que le tocara atravesar, es decir, las dos terceras partes del reino, en su viaje hasta la capital. Estudió en nuestra Universidad conforme los viejos métodos, y saturado de latinismo y peripato, viajó por España a la edad en que el espíritu se entreabre como una flor. Allí, a la vista de las instituciones docentes y literarias que brotaban al conjuro de las nuevas ideas llameantes sobre Europa y de las que Carlos III y el grupo magnífico de sus colaboradores se hicieron abanderados, su entendimiento tuvo un amanecer en el que las viejas ideas se diluyeron como jirones de pesadilla.



Liendo y Goicoechea

De un cuadro existente en la Biblioteca Nac. de Costa Rica.

Allí vió con claridad meridiana el camino que había recorrido por entre los intrincados laberintos de la entelequia oscura y vacía y el que se le presentaba para el porvenir, en donde la ciencia y la ilustración se enderezaban por los sencillos linderos de la naturaleza. Allí pudo comprender que todo lo anterior, edificado a base de metafísica, era una erudición y un alarde de energía cerebral embrolladores del espíritu y desecadores de las hondas fuentes de la verdad, formando juventudes marchitas prematuramente, como un ramo de flores que se quisiera alimentar con la humedad que destila la losa de un sepulcro.

Reforzó Goicoechea en Europa sus primitivos impulsos, organizó sus conocimientos y provisto de elementos que constituían un embrionario gabinete de física, mecánica y química, así como de una esfera armilar, tablas y mapas de astronomía, matemáticas e historia natural, regresó a Guatemala. Le ayudó en todo ello, a lo que parece, el Rector de la Universidad. Deán González Batres, quien antes había demostrado su entusiasmo por la ciencia construyendo una máquina neumática de su invención y trayendo una eléctrica, así como más tarde debería demostrar su veneración por los grandes hombres de ciencia erigiendo el busto del descubridor de la vacuna en una especie de monumento arquitectónico de la época, la fuente monumental que hasta los terremotos de 1917 existía en la plazuela San Sebastián.

Fué un golpe de maza descargado sobre el corazón de los viejos estudios, que hizo estremecer el edificio desde sus cimientos. Los sabios frailes y doctores, dueños privilegiados de la ciencia, se indignaron. El pasado se resistió fieramente. Goicoechea sufrió burlas y anatemas de la ignorancia o el escepticismo y hasta duras penitencias corporales. Pero su firmeza y su constancia, amparadas por la fuerza de su virtud, se abrieron paso y en Guatemala se fundaron cátedras de física experimental, geografía física y astronomía y más tarde de geometría, cuando en otras partes de América, (y hasta en virreinatos como el de Nueva Granada) aún no se estudiaban ni las matemáticas [1].

[1] En un luminoso informe (el de Moreno y Escandón al Virrey Messía de la Cerda, Marqués de la Vega de Armijo) se pide en 1760 que se establezca una Universidad en Caracas, comenzando por las cátedras de matemáticas y medicina, «que no las había en toda la Nueva Granada.»

Soneto

Si en vez de la zozobra, de la duda,
del resbalado esfuerzo, del desdén,
del roto anhelo, de la angustia muda
y de la lucha sin saber con quién,

hubiera habido en mi existencia ruda
más compañía del soñado bien,
más rosas, más sonrisa que saluda
cordial, más paz en la ferviente sien;

no temería el porvenir mezquino,
ni la tiniebla hacia la cual camino,
ni me importara del valor que pierdo;

porque en mi anochecer no sentiría
ni yermo hostil ni soledad sombría
siguiendo las estrellas del recuerdo.

Enrique Banchs

Bs. As. Rep. Argentina.

Nuestro ameno y erudito historiógrafo Dr. Salazar (*Historia del Desenvolvimiento Intelectual de Guatemala*) llama a Goicoechea el *Feijoo centroamericano.* Por la trascendencia de su obra, a quien más le hallamos parecido en la América hispano-colonial es al eminente eclesiástico gaditano José Celestino Mutis (1) llevado a la Nueva Granada por el Virrey Messia de la Cerda, y quien empezando por proclamar en una cátedra la doctrina del movimiento de la tierra alrededor del sol, entre el general escándalo, fué poco a poco ganando adeptos y discípulos hasta formar enjambre brillantísimo de jóvenes (Duquesne, García Tejada, Padilla, Caicedo, Manrique, etc.) que continuaran su obra (2).

No fué Goicoechea un innovador radical. En las páginas de la *Gazeta* consígnanse sus principios y conclusiones filosóficas. Fué un simple reformador y preparador de la evolución, pero como tal su mérito es insigne y su labor de sin igual importancia en Centro América. Con los exiguos elementos de que podía disponer y colocado él mismo, por espíritu y por su condición de clérigo, en un terreno de transición, avanza con audacia buceando por los dominios de la filosofía naturalista.

Admira tanto como la ciencia misma de Goicoechea, la bondad y tersura de su actitud, amable a todos, como quien posee aquel don inestimable en que un genial poeta contemporáneo de Hispanoamérica, Amado Nervo, entrevé la forma más avanzada y sublime de la caridad moderna: no tanto amar a los demás, cuanto lograr, empresa que presupone mucho más disposición de sacrificio y sutileza de espíritu, hacerse amar de los demás.

Así aparece la figura de Goicoechea, serena y resplandeciente de bondad a través del viejo tamiz de las muy coloniales páginas de la Gaceta.

Sus compañeros mismos de orden, difíciles de contentar, llegaron a hacerle justicia, nombrándole por unanimidad ministro provincial: y un fraile, a quien había traído de joven y estudiante a estas tierras, dijo, al hacer su panegírico: «su semblante alegre y festivo y sus palabras endulzadas con gracioso donaire, abrieron siempre las puertas del consuelo a la viuda, al huérfano y al pobre...». Era un hombre de jovialidad pasmosa. Aún se cuentan sus anécdotas, sus adagios, sus inventivas, todas llenas de una ironía inofensiva y deliciosa. En una composición poética impresa en la *Gazeta* y que circuló mucho por aquellos tiempos se dice:

Es el Padre Goicoechea
por lo festivo del genio
por sus sales y agudezas
comparable con Quevedo.

Mas el sabio en Guatemala
con su peregrino ingenio
da campo a naturaleza
y así llámase Cartesio.

De Estagira los secuaces
de sutilezas maestros
por de pronto se enojaron
pero al fin, desengañados,
a Goicoechea siguieron:
o bien temiendo sus chistes

o bien sus luces bebiendo,
pues no hay hombre que resista
si no quiere ser jumento
a las armas que maneja
juntas Quevedo y Cartesio (1).

Esta mansedumbre y alteza de espíritu, que forman el rasgo más sugestivo del carácter de Goicoechea, se extienden hasta las cosas del culto y a las costumbres religiosas de su orden. Léense en una ordenanza dada a sus compañeros duras amonestaciones contra el fausto y el lujo en los altares y fiestas de la iglesia:

«¿Será justo dilatar la paga a los acreedores por añadir a nuestros retablos decoraciones, adornos y muebles sobresalientes? ¿Qué utilidad, qué honor, qué provecho, resultará a unos pobres mendigos de estas profusiones y aparatos de grandeza? ¿Qué culto hacia los santos ni qué bien espiritual hacia los fieles sacaremos con estas insignias de vanidad y fausto mundano?...» (2)

José Cecilio del Valle, que en aquella época empezaba a formar su original talento de economista, perteneciendo a la generación que, con la Independencia y la organización del país, completó la obra de la evolución iniciada con Goicoechea, dedica varias páginas cinceladas en mármol, como todos sus bocetos de nuestros prohombres presentados dentro del marco del medio ambiente político-social, al fundador de los estudios experimentales en Guatemala, en el periódico de la época de la Independencia, que más tarde estudiaremos, *El Amigo de la Patria.* El infatigable Goicoechea, al término de su provincialato y a edad sumamente avanzada, se marchó a catequizar indios a las montañas de Agalta (Honduras). Valle nos da razón así de la caridad pristina de aquel espíritu superior:

«Semejante a los sacerdotes de los Celtas y de los Escitas que buscaban la filosofía en los bosques y montañas, superior a ellos en conocimientos y con miras más grandes, hizo viaje a nuestros montes de Agalta. Los eruditos de estrado, esos hombres que agonizan el día que no pueden visitar todos los cuarteles de una ciudad, habrían muerto seguramente en las soledades de Agalta.

»El P. Goicoechea, sólo con su pensamiento y los indios, pasaba días más deliciosos que en el ruido de esta capital. Conservo como un tesoro las cartas que escribía desde esas montañas célebres entonces por su residencia. En ellas decía: «que nunca había repasado en su corazón con más placer la hermosa estrofa de Horacio: ***Beatus ille qui procul negotiis...*** que la soledad le comunicaba a manos llenas el contento: que su vida era alegre, porque entre los cien aspectos de las cosas, las miraba por el único que podía ser útil: que ejercitado en trasegar corazones se valía de la llave maestra de ciertas notas que rara vez le engañaban: que los vestidos de la naturaleza son sencillos, que se deleitaba en contemplarla acechando los momentos en que descubre algunas de sus travesuras, meditando los apotegmas de Erasmo y las aventuras del amor propio, y observando a los indios, vistos por muchos, conocidos de pocos y denostados por Paw, aquel extranjero atrevido que sin conocer la América arrojó aserciones desmentidas por la experiencia.»

* * *

La labor de propaganda cultural de Goicoechea es intensa y sin desfallecimientos. Su pseudónimo (*el Viejo Licornes* o solo *Licornes*) aparece en muchas de las más sabrosas páginas de la *Gazeta,* (en la que hay mucho de insípido). Fué el alma, por muchos años, de los estudios en la Universidad y protector de los trabajos e iniciativas loables de la ***Sociedad Patriótica.*** Siempre estuvo al lado de los que alentaban una idea nueva y en contra de los celos y suspicacias de

---

(1) Mutis (José Celestino), nació en Cádiz en 1732, tres años antes que Goicoechea. Se graduó de doctor en las Universidades de Sevilla y Madrid, llegando a ser uno de los más notables sabios de España. Falleció en Santa Fe de Bogotá el 11 de Setiembre de 1808, casi de la misma edad que el sabio centro americano. Cuando éste traía a Guatemala la primera esfera armilar, las primeras tablas astronómicas y máquinas para explicar las leyes físicas, Mutis abría en el Colegio del Rosario de Santa Fe un curso de Cosmografía. Ambos son, con el colombiano Francisco Antonio Moreno y Escandón, jurisconsulto e historiador, y con el padre peruano Francisco Xavier Luna y Pizarro, jurisconsulto y filósofo también como nuestro Goicoechea, los fundadores de «la nueva filosofía» en Centro y Sud América. En lo que Mutis sobrepasó los méritos científicos del centroamericano fué en su expedición botánica, «el más hermoso monumento de la ciencia sudamericana de aquella época» y ante cuyas colecciones, reunidas y clasificadas por Mutis y sus discípulos, «Humboldt se extasiaba». «Mucho antes de que tuviéramos conocimiento de tales tesoros, dice Humboldt, era célebre en Europa el nombre de Mutis, debido a la correspondencia que sostuvo con Linneo» (Véase J. Mancini, *Bolívar*, Paris, 1923.

(2) *Hist. de la Literatura de Nueva Granada*, por José Vergara y Vergara.

(1) Estos versos son del Arzobispo Cassaux y Torres.

(2) Biografía de Goicoechea por Fray José Sánchez, publicada bajo el nombre de *Flores Seráficas en Centro América* en un periodiquito católico titulado *La Juventud.* Guatemala, 1917, biografía que cito para que no se pierda la noticia de este nuevo aporte bibliográfico a lo mucho que se ha escrito sobre Goicoechea.

las autoridades y la clerecía, que trataban de poner diques a la corriente de innovaciones. Es una de las poderosas columnas sobre que la *Gazeta* edifica su laborioso camino de 23 años, y cuando ella sucumbía. de extenuación y fatiga, inmediatamente ayuda al establecimiento de un periódico de más limitados fines, conforme los terrores oficiales de la época requerían, para que los esfuerzos de la **Sociedad Patriótica** continuaran su labor de estímulo público. Escribe una Memoria sobre la mendicidad en el país y los más adecuados medios de combatirla y dos años más tarde completa e ilustra la Memoria de Moziño sobre el cultivo del Xiquilite y el añil, con anotaciones. Aprovecha cualquiera ocasión para despertar el amor del país hacia sus benefactores y así, al saberse la muerte del que fuera Capitan General del Reino y luego Virrey de México, don Matías de Gálvez, pronuncia sentidísima oración en las honras que en el templo de la Concepción se le hicieron. [1] Las actas de la **Sociedad Patriótica** aluden a cada paso a sus discursos, extractándolos a veces. Autoriza con liberal criterio muchas obras, informa luminosamente sobre la historia de Juarros. A cada rato es el Mecenas de los jóvenes que se graduaban, y muchas tesis le son dedicadas así como exámenes sobre las nuevas materias de estudio, atestiguándose de esa manera el triunfo del innovador en el corazón de la juventud. Diecisiete días antes, precisamente, de que le sorprendiera la muerte, tuvo lugar un acto público en el que el cursante, Francisco Beteta, hijo de don Ignacio, sostuvo un exámen de Lógica y Ética, acto que le fué dedicado. Al leer la tarjeta de invitación al examen, el Arzobispo Cassaus y Torres le dedica un Romance; y contesta la «arenga» de Beteta con una *Protesta* en dos décimas. Ambas composiciones poéticas figuran después en la *Gazeta* y Salazar describe el acto hablando de la emoción que se apoderó del anciano ante aquel homenaje que se le consagraba cuando sentía ya los pies en el umbral mismo del sepulcro [2].

Así, con estas demostraciones de unánime tributo, le llega el momento de dormirse para siempre. Había sido docto y doctor (así decía él aludiendo, siempre con su incansable jovialidad, a la ocurrencia de sus réplicas peripatéticos, que le pusieron varias erres reprobándolo por sus doctrinas, durante un examen); teólogo, dos veces Lector jubilado, catedrático de diversas materias, Ministro Provincial, evangelizador de indios bárbaros e imponedor de los nuevos métodos de estudio.

En su oración fúnebre se expresa así uno de sus panegiristas: «Las ciencias exactas que apenas eran conocidas por su nombre en nuestras aulas, la Algebra, la Geometría Especulativa y práctica, casi todos los elementos de las artes prácticas, los principios más útiles de la Botánica y Química y, finalmente, el buen gusto en la elocuencia y en todas las ciencias, se deben, sin disputa, en estos países a nuestro amado Doctor Goicoechea. Él, poseyéndolas, dió también a conocer su valor a los demás» [1].

Virgilio Rodríguez Beteta

(*Concluirá en la próxima entrega*).

(1) A veces tendré que citar datos como éste, pueriles al parecer, pero que se trascriben por ser casi desconocidos: Así podrá formarse más tarde la biografía completa de estos nuestros prohombres coloniales.

(2) En su discurso le dice Beteta a Goicoechea:

«Y tú, reformador de nuestros estudios, tú también fuiste objeto de la execración pública de Guatemala. Fuiste acechado, penitenciado; la juventud, no endurecida por la mano del tiempo, recibió tus útiles impresiones. Cesó al fin la voz de tus imprecadores y comenzó la de la justicia.»

El anciano conmovido, y ya decrépito, improvisó una alocución en verso, glosando el salmo 130, que dice:

«No se ha mi corazón entumecido
ni altaneros los ojos se han erguido.
En las cosas muy grandes nunca anduve
ni en busca de milagros me entretuve.
¿Qué tengo yo, que no haya recibido?
No tengo, pues, razón de presumido;
padre, madre y hermanos me dejaron.
Pero tus tiernos brazos me ampararon;
todo se lo debo a Guatemala,
de amarla como madre me hago gala....»

(Salazar—*Historia*, etc.)

(1) Se hace necesario aquí advertir que no es mi ánimo hacer la biografía de Goicoechea ni de ninguno de los prohombres de aquel período, sino tan sólo señalar el lugar que le corresponde a cada uno en el proceso de la evolución social de la colonia. Los datos biográficos que intercalo son por regla general los nuevos que he hallado en la Gaceta, no citados antes por otros autores, a fin de completar el cuadro de esas biografías y preservar de pérdida tales datos. Algunos otros, que no son de la Gaceta, pertenecen a fuentes tampoco hasta ahora conocidas o muy poco conocidas y que, por tanto, conviene salvar para que no les suceda lo mismo.

Quien quiera ver datos biográficos extensos acerca de Goicoechea puede acudir a la Biografía que escribió José C. del Valle citada y que Medina reproduce en la página 221 de su *Imprenta en Guatemala;* al Dr. Ramón A. Salazar; *Desenvolvimiento Intelectual de Guatemala;* Batres Jáuregui, *Centro América ante la Historia*, Tomo II, página 521, y al Discurso en la colocación del busto de Goicoechea en el Templo de Minerva, de Guatemala, por el Dr. Juan Padilla Matute. Muchas citas y artículos sobre el mismo hay desperdigados en periódicos y revistas de Guatemala, Costa Rica, etc.

En la hora grave

=De *A B C* Madrid=

El anuncio de una guerra entre dos de nuestras Repúblicas americanas, el solo peligro de la misma, nos traen una consternación, colmada de zumos de amargura.

Sobre el dolor de cualquier guerra hay aquí el otro dolor, de que, a cualquier alma amiga de de la luz, proporcionan las cosas absurdas. No es ya un duelo para el corazón, sino, además, para la mente.

Todavía, cuando una guerra entre naciones, cabe explicación, sí; raramente justificación. Grupos humanos, de tradición distinta, tal vez de raza diversa, de contrapuestas costumbres, de hablas mutuamente incomprensibles, pueden mirarse con aversión, odiarse. Este elemento pasional habrá entrado en juego, en ocasión de un conflicto. Llegada la hora del combate, quien pelea y mata puede obedecer a dictados de la sangre, oscuros, sin duda, pero siquiera auténticos.

En el otro extremo, las guerras propiamente civiles, entabladas en el seno mismo de una nación... Aquí la hosca enemiga biológica no hay que suponerla. Queda la otra, sin embargo, para explicación de la tragedia. Queda la enemiga ideológica, la contraposición de las causas o de los partidos. El reformista se levantará contra el tradicionalista empedernido; el republicano, contra el monárquico; el demócrata contra el privilegiado; el proletario, contra el burgués... Grave angustia, pero todavía explicación suficiente, superior quizá. Aquella explicación que hizo declarar a Chateaubriand que las únicas guerras legítimas eran precisamente las guerras civiles.

¡Pero cuando no es la sangre quien hostiga! ¡Cuando no es el ideal quien ordena! ¡Cuando los pueblos en pugna, ni están lo bastante unidos para que su contienda pueda llamarse guerra civil, ni lo bastante separados para que pueda llamarse guerra nacional!

Entonces, si el impulso no es el del ideal ni el de la sangre, el impulso viene de fuera. La simple oposición de intereses materiales habría de encontrar seguramente otra solución.

¡Sí, Bolivia! ¡Sí, Paraguay! El mal impulso viene de fuera

Y habría, para todos, no sólo un deber de hermandad, no sólo un deber de piedad, sino hasta un deber de inteligencia en contrarrestarlo.

Estas que escribo son unas palabras severas He intentado, hace pocos días, que alguien las dijera con más autoridad que yo. Alguien, colectivo, y en situación elevada; en situación, justamente, para hablar y para amonestar en nombre de la inteligencia.

Pero también un hombre solo, con la única, débil, inerme calidad que otorga la profesión de un oficio de inteligencia, puede hablar en nombre de la inteligencia.

Uno de los dos paises hoy comprometidos me ha pedido alguna vez normas para la ordenación de cierto capítulo de su vida espiritual. Propuse algunas, en esta ocasión, con toda el alma... Con toda el alma digo ahora que la norma primera, para cualquier vida espiritual, consiste en no ofrendar a lo absurdo holocaustos cruentos.

Si alguna vez, ante nuestros ojos, Minerva, convertida en Belona, ciñe su armadura, seguir o no seguir a Minerva puede ser asunto de un problema interior... Pero no hay problema, no lo puede haber cuando quien blande la espada no es Minerva, sino un monstruo sin cara.

Por el desnudo cielo espectante, entre dos ejércitos que van a combatir, pasa el vuelo de un ave. Vuele así esta pobre palabra mía... Esta palabra, que no lleva mensaje alguno, pero que sale del nido esquivo de una conciencia y dibuja una trayectoria hacia la verdad.

Eugenio d'Ors

Arbol

=Leída en el Cementerio de Heredia el domingo 19 de mayo, al sembrarse, en la tumba de *Omar Dengo*, el Arbol del Recuerdo.=

A doña *María Teresa v. de Dengo.*

Arbol, cuando tus ramas tengan nidos,
serás perfecta imagen de su alma
que erguida de la tierra hacia los cielos
fué amparo de los cantos y las alas.
Cuando la red viviente de tus raíces
tiendas por la fecunda tierra madre,
serás como su limpio pensamiento
que lo arraigó en la paz de lo inmutable.
Cuando de lo hondo de tu vida eduzcas
la floración triunfal para tus ramas,
serás igual al corazón del Maestro
que la belleza prodigó en palabras.
Y si en las noches limpias del enero
en tu fronda en verdor llevas estrellas,
serás como su frente pensativa
tras la que se alumbran las ideas.
Y cuando en las mañanas de rocíos
brilles como un palacio de cristal,
serás cual su ternura cuando al niño
mecía en el encanto del hogar.
Cuando por transformarte en nueva vida
te desgarres la entraña con dolor,
serás como su vida que es eterna,
porque a crear con amor la consagró.
Arbol, si creces libre hacia los cielos
en esta santa tierra de piedad,
evocarás al Maestro, y, tu ser puro,
será lección en nuestra soledad.
Cuando en las tardes venga aquí un amigo
y a tu sombra se acoja a meditar,
háblale tú del corazón del Santo
con tu mensaje de serenidad!...
Y queda aquí, viviendo tu misterio,
como una voz de amor y de verdad,
y que para sus hijos eternices
la obra fecunda y santa del Ideal.
Y deja que mi mano conmovida
que la suya estrechó,
cubra tus vivas
raíces con la tierra de mis Padres
que aquí reposan en la paz de Dios!..

Carlos Luis Sáenz

Mayo 19 de 1929.

El tratado entre Italia y la Santa Sede

=De *La Prensa*, Buenos Aires=

Debe tratarse por el momento con reserva el muy importante problema que plantea el tratado concluido últimamente entre el Vaticano y el gobierno italiano, ya que no se dió aún a la publicidad el texto oficial de ese tratado. La política moderna exige que toda crítica del tratado, hecha desde el punto de vista filosófico y científico, sea imparcial, porque Europa entera se encuentra aún en un estado de efervescencia, y una cuestión que se refiere a la conciencia individual, las creencias religiosas de los individuos, como la que afecta dicho tratado, puede producir un fuerte malestar y por eso debe considerársela con delicadeza. Es nuestro propósito atenernos a este programa en el presente artículo.

Una resurrección del pasado.—Dejemos de lado, al examinar este histórico acontecimiento, su esplendoroso marco y todo cuanto la imaginación puede evocar. Contemplemos simplemente los hechos. Resucitó de improviso el pasado que la mayor parte de la gente creía muerto. El palacio construido en el siglo XV por Otto Colonna, conocido bajo el nombre de Papa Martín V, presidente del concilio de Constanza y restaurador del gobierno eclesiástico, parecía destinado a no ser en adelante más que un museo rodeado por un jardín lleno de recuerdos. Creíase imposible que volviera a producirse una escena como la que vemos en el cuadro de la batalla de Lepanto, en que aparecen buques de guerra bajo el comando papal. Todo ha cambiado ahora.

Es verdad que el territorio cedido al Papa Pío XI no es tan vasto como lo era el antiguo Estado papal. Según las informaciones de que se dispone hasta ahora, ese territorio comprende aproximadamente las tierras que el Papa León IV amuralló y fortificó en el siglo IX durante la guerra contra los sarracenos.

El tratado, que anula la famosa ley de garantías, da al Papa Pío XI una pequeña superficie de tierra; pero lo reducido del territorio se pierde en la vastedad de la incomparable gloria que le es inherente y del valor incalculable de los tesoros de arte, de las obras de la mano y del cerebro, acumulados en el palacio erigido en ese territorio.

Además de ese dominio, el tratado garantiza al Papa inmunidad territorial en Roma y en otras ciudades para ciertas iglesias de sus congregaciones y en otras más, ciertos edificios en los que podrá establecer sus oficinas. Circula también el rumor—no se tienen informaciones exactas al respecto—de que el Pontífice ejercerá su soberanía sobre Santa María Maggiore, la antigua iglesia que, según la leyenda, fué erigida por orden de la Virgen María, que invitó al Papa libertado a que construyera una iglesia en el sitio en que vió por primera vez caer nieve del cielo.

Es perfectamente natural que los católicos del mundo entero se regocijen por la firma del tratado; pero es de lamentar que ciertos diarios fascistas, como *Il Impero*, aprovechen esta excelente ocasión para atacar al pueblo francés, el que aboga por la doctrina de la separación de la Iglesia y del Estado. No les replicaré; prefiero imitar la conducta absolutamente correcta de Sir Austen Chamberlain, que expresó últimamente en Birmingham el gran agrado que le causó el regocijo con que los católicos ingleses acogieron la firma del tratado.

Algunas cláusulas del acuerdo.—Examinemos lo que hasta ahora conocemos del convenio.

Acompaña al tratado propiamente dicho un acuerdo separado. ¿Tuvo Mussolini el propósito de imitar el contrato concluido en 1801 por el primer cónsul Napoleón y el papa Pío VII con objeto de abolir los derechos acordados por la constitución civil de la Iglesia? Según el texto del acuerdo que nos fué comunicado, el papa ha dejado de ser un prisionero dentro de su palacio; consiente en entregar al gobierno italiano toda persona que haya violado sus propias leyes o las de dicho gobierno.

El texto comprende cuarenta y cinco artículos. Seleccionemos de entre ellos las cláusulas más importantes:

Cada obispo que se nombre en el porvenir prestará un juramento que contiene la siguiente declaración: «Juro que no seré parte, ni consentiré, ni participaré en reuniones públicas que pudieran de algún modo ser perjudiciales para el gobierno italiano o perturbar el orden público, y prohibiré tal participación a todos los sacerdotes bajo mi jurisdicción».

El matrimonio religioso tiene el mismo valor que el realizado por las autoridades civiles; las autoridades municipales tendrán que registrar todo matrimonio realizado por un sacerdote.

El gobierno italiano consiente en colaborar con el Pontífice para fijar el programa religioso que deberá seguirse en las escuelas públicas.

Toda esta parte del tratado interesa solamente a Italia, la que tiene plena libertad para establecer con el Estado papal las condiciones que más le convienen. Nos limitaremos a observar simplemente la diferencia que, según nos parece, existirá en adelante entre el gobierno civil italiano y el francés. Tendríamos que remontarnos a Francisco I en 1539, para encontrar un rey que haya facultado al clero para abrir registros de matrimonios. El rey Luis XV otorgó en 1736 a la Iglesia el privilegio que Mussolini parece haberle otorgado ahora. Pero la revolución de 1789 separó decididamente la Iglesia del Estado, estableciendo expresamente una distinción entre las ceremonias civiles y las religiosas. La ley de 1792 crea autoridades civiles especiales para celebrar matrimonios, y la de 1802 confiere esta facultad a los alcaldes o vicealcaldes.

El nuevo tratado y la doctrina de la Revolución Francesa.—El tratado de Letrán es, pues, absolutamente contrario a la doctrina de la Revolución Francesa. ¿No manifestó Mussolini que el fascismo encierra no solamente una doctrina política sino también una doctrina moral? «En Italia, dice el corresponsal de un diario, la Iglesia católica será en adelante dueña de Roma». ¿Qué piensan de esta situación no solamente los liberales, que carecen ahora de toda autoridad, sino los teóricos como el senador Gentile o los jurisconsultos como el senador Scaduto? Lo veremos. Es posible que Italia espere obtener en el extranjero una compensación por el abandono de ciertas ventajas dentro de ella misma. La *Koelnische Zeitung* manifestó que el tratado de Letrán va dirigido contra Francia. No nos dejaremos perturbar por esa manifestación.

¿Encierra ese tratado para la Iglesia católica tantas ventajas como pretenden sus partidarios? Tenemos nuestras dudas al respecto. El papa tendrá que afrentar muchas dificultades. El nuevo Estado papal, pequeño como es, ¿no tendrá un carácter paradójico, puesto que la propiedad privada del papa podrá ser confundida con la pública del rey? ¿En qué situación se encontrarán las personas relacionadas con el papa? ¿Será ciudadanos libres o súbditos del rey? ¿De qué modo pueden esas personas adquirir o perder su nueva posición? ¿Qué gana el papa en materia de independencia real, ya que la ley de garantías lo colocó

en la misma posición que el rey, y desde 1871 pudo ejercer libremente su influencia espiritual en el mundo entero? ¿Verá Pío XI aumentar su prestigio porque tiene una estación de ferrocarril propia y porque le incumbe ahora la tarea de guardar una frontera más imaginaria que real?

Cuestiones que el tratado plantea.—El examen del tratado de Letrán hace surgir cuestiones aún más precisas. El papa renuncia a su lugar de residencia. Es fácil comprenderlo. Este privilegio fué otorgado a los miembros de la Iglesia creada por Constantino, y lo fué también durante largo tiempo al jefe de la catedral de Notre Dame de París, y al de la iglesia de Beverly, en Inglaterra. La Revolución Francesa puso fin a los escándalos y a los abusos de este privilegio en Francia.

El papa consiente en entregar a las autoridades italianas toda persona que haya cometido actos contrarios a las leyes de los dos gobiernos. ¿Tendrá, pues, un código de leyes? Si el autor del delito o el refugiado político, perseguido por las autoridades fascistas, busca protección en el territorio papal, ¿lo entregará el sucesor de Jesucristo a la policía?

Examinemos estos puntos más de cerca. Ya hemos citado el juramento que deberán prestar los futuros obispos. ¿Prohíbese por esta promesa a todos los sacerdotes colocados bajo su jurisdicción, participar en cualquier arreglo o reunión que pudiera perjudicar los intereses del gobierno italiano? ¿Será bajo tales condiciones el sacerdote italiano menos libre que el francés bajo el régimen de la separación de la Iglesia y del Estado? El Papa unió la suerte del Estado papal con la del fascismo. ¿Procedió en esto con sagacidad y prudencia? ¿Qué sucederá el día en que se aleje del gobierno el fascismo y vuelvan al poder italianos que creen en los principios de gobierno de 1870? ¿No aparecen en el horizonte perspectivas de nuevas convulsiones? Formulamos estas preguntas bajo reserva, porque se fundan en informaciones incompletas sobre los términos de la convención.

Ha sido planteado otra vez, como ocurre de tiempo en tiempo en la historia del mundo, un problema muy grave para que lo resuelva la conciencia de los pueblos. ¿Señala el tratado de Letrán un paso hacia adelante o hacia atrás en el progreso humano? En cuanto a nosotros, los liberales franceses, creemos que el progreso consiste en la separación cada vez más decisiva de la religión de la política, separación que es ventajosa para la una y para la otra.

Recordemos lo que la fusión de las dos ideas tan diferentes representó para Europa. Esta fusión fué causa de las terribles guerras religiosas de la segunda mitad del siglo XVI, guerras que amenazaban nuestra unidad nacional; trajeron naciones extranjeras a nuestro suelo, armaban a un francés contra el otro, y hacían desvanecer todo ensueño de paz. Recordemos la abominable revolución que produjo la abrogación del edicto de Nantes, obra de un rey que quiso unir la Iglesia con el Estado. Creemos que la Revolución Francesa prestó un gran servicio al proclamar su separación. Creemos que esta doctrina contribuye a la paz del mundo, y que es muy honrosa para la Iglesia, la que, a nuestro juicio, debería conservar, con respecto a los asuntos humanos, su papel de juez imparcial y su prestigio como educadora y árbitro de la humanidad. ¿No era ésta la opinión de los primeros cristianos? San Pedro no tenía otro reino que el sendero que seguía para predicar sus enseñanzas. No pedía palacios ni lugares de residencia. Y creemos en la virtud de las célebres palabras de Cristo: «Mi reino no es de este mundo».

Eduardo Herriot

París, febrero 23 de 1929.

Carlos Loveira. Su vida, su obra

=De *Social*, La Habana=

y 3.—*Véase la entrega* **16**, *tomo en curso*

La predilección de Carlos Loveira por la novela autobiográfica,—predilección que a veces se acusa en sus obras con insistencia de orientación perfectamente definida y en ocasiones surge con irresistible inoportunidad de manía—nos presenta una interrogación previa, que bien pudiera servirnos de pretexto inicial para el examen somero de sus obras que hemos reservado a este tercero y último artículo.

¿Fué el autor de *Juan Criollo* un verdadero novelista, dueño de ese moderno equilibrio entre la observación y la imaginación, que debe ser el eje central de toda narración? ¿Sólo llegó a ser el hombre que vive intensamente su vida, y limita sus actividades narrativas al relato, más o menos fiel, pero aherrojado en su esencia a los tipos y escenarios, acciones y reacciones que se han destacado en su torno?

He ahí la gran cuestión.

Al ímpetu romántico—hermoso vuelo de águila, lejos de la tierra y sus realidades—que se inició y difundió con los primeros años del pasado siglo, siguió, tenía que seguir, la reacción naturalista—labor de fotógrafo, retocada al microscopio en las vigilias del laboratorio—, que llegó a su apogeo en los últimos lustros de la misma centuria. Entre estas dos fuerzas tomó asiento la nueva tendencia. Guardando un sabio equilibrio de juez, logró tomar de la realidad su aspecto grotesco, sus contrastes de aguafuerte, su ironías, su base creadora, y de la imaginación su impulso irrefrenado—ahora sometido al freno definitivo de frases breves como golpes de tambor cuya vibración se interrumpe con oportunidad de maestro.—Y sobre estas paralelas avanzó, moderna, ágil, sintética, picante, escueta y sugerente a un tiempo.

Carlos Loveira fué, sin duda, un gran arquitecto de la novela. Mejor: un gran proyectista de la novela. Pero sus narraciones,—por su estilo descuidado y superfluo, por su manía autobiográfica, por sus aficiones a la tesis, por sus héroes románticos, sin tachas ni claudicaciones, por sus continuos vuelos hacia el ideal obrero que lo poseía con rigor tiránico y por sus concesiones a la moraleja final,—distan mucho de los modernos relatos. En sus obras,—excepto en *La Ultima Lección*—es frecuente la impresión de candilejas que nos deslumbra, y en ocasiones llegamos a percibir, con claridad de truco al descubierto, la voz del apuntador—la voz de Loveira, apóstol del obrerismo—, que dicta sus pensamientos a los protagonistas, convirtiéndolos en muñecos de guiñol.

Ejemplos. De estilo descuidado, basta citar un párrafo de *Juan Criollo*, (página 242), que dice así: «Las mujeres estaban alarmadísimas, con las posibles consecuencias de la Guerra en los hogares. Petra, hondamente enamorada; en esos días del noviazgo, en que todo el Universo se concentra en el amor, hallábase, sobre todas, asustadísima, presagiando terribles sucesos, que habrían de separarla del inseparable». La manía autobiográfica ya la hemos comprobado en el artículo anterior. Sus aficiones a la tesis y sus concesiones a la moraleja final pueden verse, con zenital claridad, en *Los Ciegos*, y de manera especial en el capítulo, dogmático y soporífero, destinado a reseñar dos horas de conversación—dos horas, precisamente, de lectura—, entre los cuñados Ricardo Calderería y *Cuco* Pedrozo, durante un viaje en automóvil de La Habana a Matanzas. ¿Héroes románticos en acciones de nuestro siglo? Son abundantes en las obras de Loveira. Casi sin excepción, puede comprobarse que cada vez que el novelista recuerda su vida y se retrata en un personaje, éste aparece dotado de todas las cualidades y todas las virtudes apetecibles. Ahí están, entre otros, el maquinista Jacinto Estébanez y el mecánico Alfonso Valdés.

Pero si las narraciones de Lo-

veira no llegan a ser justamente modernas, en cambio poseen otras cualidades que las hacen acreedoras de la mayor estima. Ya hemos citado una de ellas: su maestría en el trazado general de la obra. El autor de *Los inmortales* es un hábil artífice en la colocación y remache de las piezas de esa gran armazón de sólido acero que debe ser el esqueleto de toda narración novelable, para que su interés perdure a lo largo de tres cientos de páginas.

Su observación del panorama circundante es generalmente acertada. Con frecuencia encontramos en sus páginas descripciones laudables, aunque quizá un tanto fotográficas, como la que sigue, de una bodega matancera, (página 27 de *Generales y Doctores*): «Un mostrador de madera teñida de verde y cubierta en la parte superior, en el extremo dedicado a cantina, por una tachuelada lámina de cobre. En esta parte, protegida por una verjita de hierro, de parales terminados en punta de lanza, alíneanse, en altibaja y polícroma formación, las botellas de veneno, y entre ellas la que menos veneno contiene: la de aguardiente puro de caña, de color de agua potable, olor mostoso y sabor de fuego. Después, la de grueso vidrio cuadriculado, portadora del anís; la verde con el *compuesto* de caña, cáscaras de naranjas y semillas de culantro; los tarros barrigones de asesina ginebra; el cognac Moullón de Sagua la Grande; el vino Alella de palo Campeche y el Mistela, legítimo de la trastienda. Todos los envases con los marbetes y los corchos punteados de moscas; la plancha de cobre limosa por el desaseo, y debajo de todo, la execrable media tina, para el lavado de vasos y cucharillas, con su agua color de café con leche viejo, jabonosa, maloliente, en la que flota un archipiélago de corchos, rodajas de limón y patas de cucarachas.

»En el extremo contrario al de la cantina, la vidriera de los dulces: cusubés, bolas de gofio, alegría, caballitos, cantúas y matahambres, en una Arcadia feliz de abejas, moscas y hormigas.

»Entre cantina y vidriera, en el verdadero mostrador, de superficie costrosa, con manchones de sal, vino, manteca y petróleo, una balanza de libras de trece onzas, y resmas de amarillo papel de estraza.

»En frente del mostrador, en la pared que divide las dos puertas de la calle, otra vidriera entrepañada, con efectos de quincallería, sellos de correo, estampas de vírgenes y santos, rosarios, catecismos y novenas. Al lado, en un rincón, la carbonera de tablas, con su curvada mancha de cisco en el suelo, y en el rincón opuesto, algunos mazos de caña.

»En los entrepaños de mostrador adentro, polvosas ringleras de porrones y alcarrazas, latas, frascos y envoltorios, etc...»

Por lo demás, sus narraciones,—con la sola excepción de sus incursiones al sector del apostolado obrerista—, son rápidas, casi cinematográficas, y sus excursiones al extranjero,—Panamá, Chile, Perú, Méjico, Estados Unidos, etc—, prestan a sus novelas un laudable impulso moderno y cosmopolita.

Resumiendo. Loveira poseía indudables cualidades de narrador. Había vivido una vida intensa, llena de incidencias y anécdotas. Era un observador infatigable. A su paso, captaba la realidad con rapidez de plancha fotográfica. Sabía, luego, combinar estas realidades, en el gran cuadro de un relato novelesco. Pero su estilo no estaba aún preparado para la moderna literatura. Su sensibilidad aún no se había ejercido en esa difícil gimnasia,—saltos y piruetas de palabras e imágenes sugerentes, equilibrios en el trapecio del interés, trucos de malabarista—, que caracterizan la nueva tendencia.

No había culminado, aún, en un novelista maduro, en sazón. Pero sus últimas obras—especialmente *La Ultima Lección*, la más frívola y ligera de sus narraciones—, se orientaban ya hacia las rutas del día.

Lástima que la Muerte nos lo haya arrebatado tan temprana y repentinamente, porque en él, como en el malogrado Jesús Castellanos, había la médula del verdadero, del genuino representante de la novela cubana.

Guillermo Martínez Márquez

Estampas

Sin ahondar más la reflexión, no podríamos generalizar diciendo: Inglaterra imparte una educación que tiende primordialmente a hacer perenne la unidad del Imperio. Unicamente tomamos esa afirmación como simple conjetura. Un espíritu tan bien nutrido como Ruskin en *Sésamo y Azucenas*, hace la declaración de que «ninguna nación puede perdurar habiéndose convertido en un rebaño». Mas cuando escoge para tema de sus meditaciones filosóficas, en *Corona de Olivo Silvestre*, un tema puramente nacional como *El Futuro de Inglaterra*, clava esta negación rotunda a su anterior principio: «toda prosperidad comienza en la obediencia».

Dos principios de gobierno enteramente opuestos. En el último se revela Ruskin como verdadero súbdito del Imperio, reflejando la educación de que fué influido. Todas las naciones que constituyen el Reino Unido han depuesto sus aspiraciones de propio gobierno, en la convicción de que sólo el poder dirigente inglés conduce rectamente a la prosperidad. Mientras los pueblos del Imperio confíen en la sabiduría con que son llevados en su evolución, han de vivir sin conmociones, entregados a un sosiego que sólo puede perturbar la amenaza de la seguridad de ese Imperio.

Inglaterra apacigua en sus súbditos, por todos los procedimientos que el control de la educación le da, la idea de que la prosperidad pueda venirles por otros canales que no partan de su suelo. Y sobre todo les infunde el orgullo de ser súbditos ingleses, con lo cual da término a su educación calculada y sistemática. Cuando un súbdito inglés procedente de cualquiera de los dominios, ingresa a Cambridge o a Oxford, estampa en su espíritu definitivamente la sumisión al Imperio. Es posible a veces que no se dé cuenta del influjo, pero ya sus ideas se han saturado de la quintaesencia de la subordinación. El *sport* impartido con tanto fervor en colegios y universidades es el medio que con más blandura aniquila la personalidad. El *team* está por encima de todo. El honor mayor del estudiante es el triunfo de su *team*. A través de la vida sigue considerando como una de sus glorias reales la inscripción que de su nombre como figura de las regatas de un año venturoso, hicieran en los anales de la universidad.

Y el *team*, es en pequeño, lo que el Imperio es en grande. Al inscribirse el súbdito en ese *team* multanime, empeña su honor por el triunfo y su torrente circulatorio ya no tiene más guía que la glorificación del *team*.

Cuando un súbdito conserva su personalidad desata la ira del *team*. Gandi es un ejemplo. En Londres se educó, recibió ideas, pero nada más. Se le enfiló en la regata y cuando el *team* contaba con que su remo hendiera el agua en persecución de una victoria común, lo clava opuesto al rumbo que impulsa al *team*. El principio de Ruskin de que toda prosperidad comienza en la obediencia, no penetra una mente como la de Gandi, que tampoco ha proclamado su orgullo de ser súbdito inglés. Parece estar influido por la otra afirmación de Ruskin: nación que se arrebaña, es nación que perece. Y esto naturalmente lo condena a la presión de Inglaterra, del gran *team* del Imperio.

Extraña que Gandi pudiera libertarse de la educación que fué a recibir a Londres. Y más extraña que esa educación la transformara en poder para luchar de una manera digna y resuelta contra el sistema que o p r i m e, que arrebaña, que da el tinte de populacho, a la India. Ponerse a tono con el *team* es el camino más cómodo, el menos s u j e t o a riesgos, el que ofrece una inscripción de honor como remate del esfuerzo. No importa que la victoria del *team* concentre toda la voluntad del que lucha, le imprima el ritmo a sus movimientos, le dé

la trayectoria de su visión, le mate, en una palabra, su personalidad. Es elevado sacrificar pasiones para que el sentimiento puro de obediencia sea el único resplandor que ilumine la victoria del *team*.

Así va la educación impartida por Inglaterra moldeando la conciencia de sus súbditos. Y cuando alguno enfila en un sistema filosófico-religioso o simplemente filosófico, o anida su espíritu en la literatura, refleja una quietud, que no es serenidad, porque muestra las huellas de un sistema de disciplina que dentro de su aparente blandura, fué apretando hasta acardenalar y encarrujar. Ostenta una espontaneidad domesticada, que es la espontaneidad del que se ha sacrificado por la victoria del *team*. Y crea mundos de interés de una geografía que nada tiene de común con los ríos y los lagos y los valles y las cumbres en que los pueblos sufren y mueren. Esos mundos es más fácil poblarlos de virtudes y convertirlos en refugio de mentes que han aprendido a libertarse de las pasiones de este mundo agresivo.

De ahí que para esos espíritus producto de la disciplina del *team*, la jerarquía humana constituya el más fuerte instrumento de la sabiduría. Si un pueblo se erige en guiador de la evolución de otro pueblo es porque leyes que escapan a la penetración humana están imponiendo ese gobierno. Nada importa que los sucesos más mortificantes y crueles salgan a lucir, si al final no hay lucha que no entrañe sacrificios. Los que se oponen en una nación regida por esas leyes de creación ocasional, a recibir el influjo de la prosperidad, mientras no se acuerde previamente la autonomía irrestrica, son seres retardados, que buscan por procedimientos que nada tienen del plan divino, desviar la evolución de los seres y de las cosas.

Un Gandi es sin duda el sér retardado, el que no crea mundos para justificar su conformidad con el dominio inglés. Pero entré él y el que abraza doctrinas filosófico-religiosas y nutre en ellas su aprobación a los regimenes de opresión, que son cosa transitoria y fatal, abrimos serenamente nuestra mente a la compresión de las ideas del rebelde y retardado.

Juan del Camino

San José y mayo del 29

Los libros de la semana

El Dr. Vicente Dávila, desde Caracas nos remite el tomo II de sus

Investigaciones Históricas. Caracas. 1927.

En Bogotá y por la Editorial Minerva, 1929, ha publicado Jorge Bayona Posada un tomo nuevo de poesías:

Oraciones.

Una más grande Ibero América, se titula el libro que su autor Víctor de Valdivia (25 Rue Vernet, París), nos ha remitido. Editorial Hispanoamericana, París.

Contenido: Ibero América y la civilización. Independencia versus Monroísmo. La ineficacia del factor educacional para nuestro rápido engrandecimiento. El problema del ingerto étnico. La Unión Aduanera y Monetaria de la América Latina. La lucha por el Dominio del Pacífico.

Con esta dedicatoria:

A la Juventud iberoamericana: Preservemos nuestra heredad y unamos el Imperio desunido. Que la Nueva Tierra Prometida labre por sí sola su senda en el mundo. Que la raza hispana siga siendo lo que siempre ha sido.

Nuestro amigo Guillermo Jimenez, en México, D. F., nos ha remitido esta obra:

Carlos González Peña: *Historia de la Literatura Mexicana*. Desde los orígenes hasta nuestros días. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México, 1928.

El Dr. Manuel Castro Ramírez nos remite un ejemplar de la segunda edición de su obra

Pro Patria. San Salvador. 1929.

De Luis Enrique Osorio:

El iluminado. Drama en cuatro actos, estrenable en el Teatro Nacional de Tartuja dentro de cincuenta años. Barranquilla (Colombia), 1929.

La escena tiene lugar en la República Soberana de Tartuja, antigua colonia española del Nuevo Mundo, a principios de nuestro siglo.

Su primer libro:

Jardines olvidados. Poesías. 1929. San José de Costa Rica.

El autor: *Gonzalo Dobles.*

El Ministerio de Instrucción Pública de El Salvador ha editado recientemente los

Documentos relativos a los movimientos de independencia en el Reino de Guatemala. Colectados por el Lic. don León Fernández.

Lleva un Prólogo del Dr. Manuel Castro Ramírez.

Del Prof. don José D. Crespo, Inspector Gral. de Enseñanza Primaria, Secundaria y Vocacional de la Rep. de Panamá:

Geografía de Panamá. D. C. Heath y Cía. editores. Nueva York.

Algo ejemplar, digno de toda alabanza. Un primor de texto y de edición. ¿Cuándo tendrán los niños de Costa Rica algo que siquiera se parezca a esta obra?...

De Luis France, nombre que oculta a una escritora joven del Perú, hemos recibido:

20 cuentos. Imp. Torres Aguirre. Lima.

Con un prólogo de don Antonio Miró Quesada.

Del Prof. de la Univ. de Bs. Aires, don C. Villalobos Domínguez (Perú 1012. Bs. Aires, R. Argentina):

La comunización de la propiedad de la tierra. Bs. Aires, 1928.





Con el último correo:

Dardo Corvalán Mendilaharsu: *Rosas*. ₡	4-00
J. Ortega y Gasset: *El Espectador* N.º 1..	3-50
L. López de Mesa: *El libro de los Apólogos*	3-00
Kramers y Holst: *El átomo y su estructura*	7-75
Max Scheler: *El resentimiento en la moral*	4-25
Pedro Henriquez Ureña: *Seis ensaybs en busca de nuestra expresión*............	4-00
Miguel de Unamuno: *Tres novelas ejemplares y un Prólogo*..................	3-25
H. G. Wells: *Sanderson de Oundle*......	3-50
Luis L. Franco: *Nuevo mundo*...........	4-00
Rodolfo Otto: *Lo santo*. Lo racional y lo irracional en la idea a Dios.........	5-50
Stendhal: *La Cartuja de Parma* (2 vols. pasta)............................	5-00
J. Ortega y Gasset: *Notas*................	0-75

Dirijase al Adr. del *Rep. Am.*

Segunda edición resumida de la monografía crítica. *Que la tierra debe ser confiscada y otros conceptos actuales y genuinos del georgismo.*

De Tristán Marof, ahora en México, D. F. (Calle Génova 80):

Opresión y falsa Democracia. Algunos aspectos sociales contemporáneos de América. Serie de conferencias.

Publicadas por la Secr. de Educación Pública de México.

El último libro de Rogelio Sotela:

Apología del Dolor. San José de Costa Rica, 1929.

Con esta dedicatoria: A mi madre, toda dolor. A mi esposa, toda serenidad.

El poeta costarricense Asdrúbal Villalobos ha resuelto hacer lo que ha tiempo esperábamos sus estimadores: recoger sus poesías en un tomo:

Frutos caídos. San José de Costa Rica. Imp. Trejos Hnos. 1929.

Con algunas poesías de esta obra, haremos una página de este semanario. El poeta es acreedor a toda suerte de homenajes

---

De nuestro amigo R. Blanco Fombona acabamos de recibir:

El Modernismo y los poetas Modernistas. Editorial Mundo Latino, Madrid.

Estudia a Díaz Mirón, Nájera, Julián del Casal, J. Asunción Silva, Darío, Herrera Reissig, Valencia, Leopoldo Díaz, Nervo, Chocano, Lugones, Jaimes Freyre, Fabio Fiallo, Ghiraldo, González Martinez.

Obra muy interesante, por cierto.

La excelente editorial Historia Nueva, de Madrid (Fernanflor, 6, 3.º) nos remite esta obra:

Alberto Ghiraldo: *Yanquilandia barbara*. La lucha contra el imperialismo. Historia Nueva. Madrid 1929.

Por el Indice puede juzgarse del extraordinario interés de esta obra:

Nuestra Voz. Frutos del imperialismo: Méjico. La Guerra de conquista: La intervención yanqui en Sto. Domingo, en Haiti, en Nicaragua. El *caso* de Cuba. La herida abierta: Puerto Rico Filipinas. Apendice. Las cartas de Sandino.

Guillermo Jiménez, nuestro amigo y compañero, nos remite su última obra:

Cuaderno de notas. México. 1929.

Nos interesan algunas mucho. Las aprovecharemos en este semanario.

Extractos y otras referencias de estos libros se darán en próximas ediciones.



Sherwood Anderson

Dejemos a Sherwood Anderson que se presente él mismo:

«Yo soy el narrador, el hombre que se sienta junto al fuego y aguarda a su público, el hombre que empuja su vida por el mundo de sus imaginaciones».

El héroe, optimista:

«Yo soy un hombre de fe. Os digo que no caerá al suelo un gorrión sin que yo me entere. Y de eso haré un cuento; yo diré en él por qué y cómo ha caído. Se podría hacer la más prodigiosa historia del mundo contando la caída de un gorrión y explicando las causas.»

El héroe, pesimista:

«En el trayecto de mi verdadera labor de cuentista no acerté a organizar y a narrar sino algunas de las imaginaciones que en mí surgieron. Hay un mundo donde nadie sino yo ha penetrado y adonde me gustaría conduciros; pero cuando me acerco, lleno de confianza, a la puerta que se abre sobre este mundo tan extraño, ¡cuántas veces la encuentro cerrada con llave! Hoy mismo, esta mañana, me fué imposible penetrar en el país donde toda la noche, despierto en mi cama, he dado vueltas siguiendo mi fantasía.»

Sherwood Anderson es, pues, un hombre para quien el arte es cierta ideal barbacana que da al mundo. Ese orbe diminuto de sucesos que es el cuento, Sherwood Anderson lo fragua con un vuelo de gorrión. O se le desmorona como un castillo diabólico que ve asomar la cruz. Hay en él momentos de alta y baja tensión; no tiene, pues, resortes convenidos; no estamos ante una fábrica de anécdotas, ante una máquina de elaborar aventuras, sino ante una finísima membrana, capaz de temblar al contacto de la vibración más sutil. Ese deleite de escribir, de no ser sólo uno mismo, de sentirse circular por toda una creación recién surgida, Sherwood Anderson lo disfruta a pulmón pleno.

* * *

Nació Sherwood Anderson en Camden (Ohío) el 13 de septiembre de 1876. Publicó su primer libro en 1916[1]. Su preparación literaria duró, pues, cuarenta años. Su aprendizaje fué largo y diverso. He aquí las asignaturas de su plan de estudios:

De niño, en una carreta, con su padre y hermanos, corría por los caminos buscando tapias donde pintar anuncios. (La intensa vida mercantil de la joven América necesitaba, además de banqueros, hombres ágiles que recorriesen un distrito dejando impresa en los muros una marca de fábrica). Conocía también Sherwood Anderson el arte de esquilar el césped crecido con exceso ante las casas de los vecinos. Fué mozo de cuadra. Vendió cacahuetes: cursó sus estudios de poeta en pleno arroyo, entre los duros contactos de una metrópoli americana; en medio de una plebe inquieta, codiciosa, hostil. Fué obrero, fué vagabundo. Empujado por su afán de heroísmo, se alistó en la guerra contra España—una guerra que sólo podía producir héroes en el campo enemigo—. No hubo por qué batirse. Al regresar, fué recibido en triunfo como un falso héroe, como cualquier personaje de sus cuentos. Muchos pavimentos de tiendas sintieron la presión de su escoba. Entró en una fábrica; montó el mismo otra fábrica que fracasó; la dejó para volver a redactar anuncios...

Barrió, segó, pintó carteles, llevó al hombro su fusil, vendió chucherías, divagó, cuidó caballos... Y ya, cursada su espléndida carrera de escritor, recibió el doctorado de gran poeta, quizá el más considerable en su patria después de Walt-Witman. Una larga, una turbulenta carrera hecha a pie, sin fortuna, pero rico, riquísimo. De tanta peripecia vital pudo Sherwood Anderson arrastrar algún poso amargo, algún negro residuo—que ahora, en su arte de narrador, opondría trazos sombríos a la luz encantadora de los primeros planos—. No. Sherwood Anderson conoce bien las distancias entre el arte y la vida. De la espléndida alacena del mundo sólo fué tomando la hirviente levadura, brincos ágiles de espíritus, refinados escorzos de las cosas. Sherwood Anderson, que nunca tuvo dinero en sus primeros años, que apenas lo tuvo más tarde, conservó siempre—dentro y fuera del arte—un atuendo gentil de multimillonario. («Si nuestra familia era pobre —nos dice en *The Story Teller's Story*—¿en qué consistía su pobreza? Estaban rotos nuestros trajes, pero los boquetes no hacían sino dar paso al sol y al viento. No teníamos abrigos en invierno, pero esto sólo quería decir que, por la calle, había que correr en vez de divagar. Las gentes que sienten vocación artística deberían entrenarse en lo que se ha convenido en llamar pobreza. Cuando se entra en la vida con el mimo que da la clase media, el artista se coloca en el trance de acabar dentro de la piel de uno de esos amargados que pasan la vida lamentándose de que el público no se precipite a aplaudirles cuando pasan.») Es un perpetuo joven. La juventud y la nobleza se ganan, como se heredan. Sherwood Anderson es el americano siempre rico, que ha traído a sus libros una auténtica elegancia de príncipe. El petróleo, el carbón, la madera, el estaño y el *film* tienen sus reyes; también lo tiene el cuento[1]. Su actitud ante el mundo no es la de un estoico, nunca fué la de arrivista, es la de un espectador apasionado que toma parte en el juego. Entra y sale en el mundo bullente de sugestiones, de temas, sin preferir mucho unos a otros, sin buscar en ellos otra cosa que su dimensión profunda de belleza. Un día, Jerry Tillford, personaje de uno de sus cuentos, acaba de ver ganar a su caballo *Sunstreak* el campeonato del mundo. Sherwood Anderson ha visto juntos, durante las carreras, al entrenador y su caballo, rey de la velocidad y, plásticamente, una delicia. Pero Jerry Tillford, al llegar la noche, penetra con otros amigos en un hediondo lupanar, donde las hembras son «como camellos»... Y Sherwood Anderson, que se resiste a entrar, que por una ventana ve a Jerry Tillford en brazos de uno de aquellos monstruos, se pregunta desconcertado «por qué un hombre como éste puede besar a tal hembra, precisamente después de haber visto correr a un caballo como *Sunstreak*».

«Yo quisiera saber—insiste—, yo quisiera llegar a comprender...» Intentaremos nosotros comprenderlo. Hay hombres cuyo vital equilibrio se quiebra siempre a favor del espíritu. En otros se rompe a favor de la materia. El adorador de la materia tiene por última estación el cieno, como el tenaz adorador del espíritu tiene por última estación lo inefable, es decir, lo inexistente. Nada hay firme para el unilateral. La materia arrastra hacia lo deforme, mientras el espíritu empuja hacia la ausencia de toda forma, de puro estilizarla, depurarla. Ese equilibrio en que la materia se hace transparente, diáfana, rico vitral por donde el espíritu va y viene, se filtra y rezuma; ese triunfo de ambos sobre sí mismos, lo alcanza Sherwood Anderson en muchas páginas donde el tono narrativo se rompe en deliciosas cabriolas líricas, humorísticas. «Al principio, como papá no pagaba nunca el alquiler, teníamos que vivir en casas de aparecidos—nos cuenta Sherwood Anderson en sus memorias—. Nuestra fa-

[1] *Windy Mepherson's Son*. Publicó después *Marching Men* (1917), *Mid-American Chants* (1918), *Winesburg, Ohío* (1919), *Poor White* (1920), *The Triumph of the Egg* (1921), *Many Marriages* (1922), *Horses and Men* (1923), *A Story Teller's Story* (1924), *Dark Laughter* (1925), *Note-Book* (1926), *A New Testament* (1927) y *Another Mans's house* (en preparación). Hay versiones francesas de algunas de estas obras: *Winesburg, Ohío* (N. R. F.); *Un païen de l'Ohío*, tomado de *The Triumph of the Egg* y *Horses and Men* (ediciones Rieder), *L'homme qui devint femme*, tomado de *Horses and Men* (ediciones Emile Raul Frérest), y *Mon Pére et moi*, primera parte de *The Story Tellers's Story* (Simón Kra.)

[1] Acaso no deban llamarse «cuentos» estas pequeñas obras en prosa de Sherwood Anderson. «Para expresar un estado de personalidad original—escribe Bernard Fay—ha inventado una forma original, que no es ni novela, ni *nouvelle*, ni *recit* propiamente dichos, sino una melopea en forma de historia.» Resulta difícil, en efecto, asignar un nombre registrado en las viejas retóricas a esto que muchos jóvenes españoles han dado en llamar, un poco vagamente, «narraciones».

(Pasa a la página 331)

Don Ramón

=De *La Voz*. Madrid=



Menéndez Pidal

CUANDO en un círculo de gente letrada se dice *don Ramón* este nombre evoca casi siempre a una de dos figuras eminentes de la cultura española contemporánea, o al maestro de la Filología española, D. Ramón Menéndez Pidal, o al gran artista de la palabra que está sacando al castellano nuevas facetas y nuevos reflejos, un esplendor a la vez muy antiguo y muy moderno, D. Ramón del Valle-Inclán. Son los dos don Ramones por excelencia, aunque este nombre se lleva mucho y con mucha brillantez en nuestra literatura actual; mas el gran novelista Pérez de Ayala, por su relativa juventud, no es todavía don Ramón, y el ingenioso Gómez de la Serna. acaso no lo será nunca, por la dificultad de encajar el don en las greguerías. Seguirá siendo Ramón *tout court*, Ramón a secas, pero con letra grande, como de firma pontifical de su obispado protestante de Pombo.

* * *

Menéndez Pidal, el don Ramón de la Universidad y de la literatura erudita, es uno de los contados españoles que gozan de fama universal y la merecen. No hay en el mundo grupo de romanistas, cátedra de estudios románicos, revista de filología donde el nombre de Menéndez Pidal no sea conocido y sus obras no sean estudiadas. Cualquier estudioso de las lenguas y literaturas neolatinas, lo mismo de Europa y América que de la más remota Universidad de Australia o del Japón, sabe algo y ha aprendido algo de este español insigne. Mas la fama del científico y del erudito, que cuando irradia de un mérito sobresaliente adquiere esa difusión universal entre el público especializado, no profundiza en la masa común de los hombres de cultura elemental.

Entre nosotros, por los ecos de la prensa, casi todo el mundo sabe que Menéndez Pidal es un gran sabio, un maestro eminente; pero ignora lo que le deben los estudios del lenguaje y de la literatura. La labor delicada y especial de los hombres consagrados a estas tareas del pensamiento no es del dominio común, como la del poeta o, en general, la del artista, que tiene abiertos los senderos de la intuición, aunque haya también arte en la obra del científico y del erudito; mas es un arte que no llega a ser popular. Por eso cuando una ráfaga de actualidad pasa por el gabinete retirado del sabio, es de aprovechar la ocasión para recordar su obra.

En Menéndez Pidal se juntan en grado eminente las dotes del investigador, las del crítico y las del maestro. Menéndez Pelayo, que realizó tan vasta y brillante labor, no tenía afición a la cátedra. Su clase nunca tuvo el carácter de seminario; sus explicaciones eran conferencias elocuentes y eruditas, trozos hablados de los prólogos y monografías en que vertió su obra de humanista. Por eso no formó verdadera escuela universitaria, y los que se proclaman sus discípulos lo fueron de sus libros y aun de su conversación más que de sus cursos universitarios. Lo que le gustaba era leer libros antiguos con avidez insaciable y escribir sobre ellos. Por eso abandonó sin pena la cátedra cuando pasó a ocupar la Dirección de la Biblioteca Nacional, que le instaló espiritualmente en el lugar más deleitoso para él, en la gran ciudad o la gran necrópolis de los libros.

Menéndez Pidal, por su decidida vocación de profesor, que no se ha limitado al aula de la Universidad, sino que ha encontrado más ancho campo en el Centro de Estudios Históricos, nuestro seminario de estas disciplinas, ha creado verdadera escuela, que ya cuenta con personalidades muy distinguidas, con maestros nuevos, y que ha formado en las sucesivas promociones los cuadros de nuestros romanistas, el estado mayor de los cultivadores de los estudios filológicos con arreglo a los métodos modernos. Él ha sido el fundador de la Filología española moderna, en la amplia acepción de esta palabra, que comprende en ella no sólo el lenguaje, sino la historia literaria. Antes de que él organizara y sistematizara estos estudios, no había habido en España más que algunos conatos filológicos derivados de la Gramática de las lenguas romances de Federico Díez

* * *

Además de un gran maestro, ha sido y es un gran investigador y un crítico delicado y profundo. En el campo resbaladizo y obscuro de los orígenes ha abierto sendas nuevas y firmes y derramado mucha luz. Desenterró de la prosa de las crónicas los versos rudos de las gestas viejas que habían entrado como materiales en la construcción de la fábrica historial; investigó los orígenes de la épica y de la lírica; exploró la formación del castellano entre la anárquica variedad dialectal; siguió la peregrinación de los romances por las tierras de España y por aquellas otras donde se conserva nuestro idioma; estudió la elaboración y la transformación de las leyendas históricas al través de las épocas literarias y de los temperamentos artísticos de los autores. Esta obra tan dilatada y varia ofrece unidad de métodos y coherencia de doctrina; no ha sido elaborada al azar, sino pacientemente y con la sagacidad y finura de un crítico profundo y perspicaz. Este gran medioevalista, a quien llamé hace tiempo nuestro Gaston París, aunque su obra acaso supera a la de Gaston París y a la de Bedier, los grandes medioevalistas franceses no tiene la limitación profesional que encierra al espíritu del especialista en una época y le deja sin paladar para lo moderno. El buen gusto y el espíritu crítico de nuestro don Ramón no son menos certeros en lo moderno que en las épocas que él domina y donde ha resucitado al Cid, a los Siete Infantes de Lara, a Rodrigo el último godo y a los lejanos juglares. La prueba está en los elogios fúnebres publicados en el Boletín de la Academia Española. No se habían escrito semblanzas de tanta substancia y de tanta clarividencia crítica hasta que esta función difícil y monótona recayó en Menéndez Pidal al ser elegido director de la Academia. Los había muy elocuentes, mas de poca hondura, limitados al rito de la despedida. Rehuían la gran deficultad de este género de trabajos, que es conciliar decorosa y humanamente lo que tienen de corona fúnebre con las exigencias de la visión crítica.

Este sabio eminente es uno de los contados hombres que he conocido, en quienes la modestia era verdad, afición a la vida retirada, despego de las exhibiciones y ruidos mundanales. Los honores han ido a buscarle. De otra suerte le habrían esperado en vano. Mas este amor al recogimiento estudioso no significa el atrincheramiento egoísta en la torre de marfil. Ha sabido estar en su puesto cuando el deber le llamaba. El aire de juventud física que reflejan el rostro moreno curtido por el aire de la sierra y el cuerpo ágil y enjuto no es engañoso. El espíritu conserva también la savia juvenil y tiene su floración, no sólo el fruto laborioso. En su bella *Flor de romances* no hay sólo poesía erudita de colector, sino poesía personal íntima que se manifiesta así en la reelaboración de algunas versiones al uso tradicional, como en aquella tierna y sencilla dedicatoria a su hija Ximena, que fué su Ifigenia en los días de temporal ceguera en que padeció la terrible amenaza del desprendimiento de la retina, que persigue a los hombres que se han quemado los ojos sobre los libros.

Andrenio

Carta del Sr. Menéndez Pidal al Dictador de España

=De *A B C* Madrid=

«Excelentísimo señor D. Miguel Primo de Rivera.

Señor presidente y estimado amigo: Aunque apartado de toda política militante, es para mí imperiosa obligación dirigirme ahora a usted como jefe del Gobierno, con ocasión de los sucesos universitarios. Experimento en ello penosa contrariedad, recordando manifestaciones de deferente aprecio recibidas de usted, que tanto me han honrado.

Pasada la primera sorpresa producida por los sucesos, aparecidas ya las esperadas declaraciones de los catedráticos asambleístas, insuficientes, como era de suponer, nos hallamos que ésta nombrará la Comisaria Regia con objeto, según leo en la prensa, de depurar si entre los profesores hay elementos que simpatizan con la actitud de los estudiantes: ahora bien, somos varios los profesores que debemos declarar la existencia de esa simpatía. Simpatizamos con esa actitud en cuanto los estudiantes reclamaban contra una disposición a la que todos los Claustros universitarios se habían manifestado adversos; simpatizábamos con la actitud de aquellos estudiantes que, firmemente y sin desorden, expresaron su parecer. El patriotismo exige a todo español pensar y sentir noblemente los problemas de las instituciones en que viven; ese patriotismo que ofrenda sacrificio (no el que recaba ventajas) exige también que cada uno manifieste su opinión. He aquí por qué simpatizamos con los estudiantes que la han manifestado en forma de correcta firmeza. Se han impuesto con motivo de estos sucesos sanciones del más extraño y excepcional rigor, sin enjuiciamiento previo, penas tan graves como la inhabilitación perpetua de un alumno y la clausura de la Universidad de Madrid. Los alumnos de ésta pierden dos cursos en ella, con permiso de irse a otras Universidades, como si las Universidades fuesen oficinas sin individualidad y de indiferente substitución, y no Centros de vida secular que, por asidua consagración de sus profesores, ostentan cada una su espíritu y valor propio.

Es, pues, irreparable el daño inferido a esta Universidad, a esta casa que se informa en la tradición de profesores y de alumnos, desde Lebrija y Arias Montano hasta Castelar, Menéndez Pelayo y Giner. Su daño es, además, daño hecho a toda la intelectualidad española, a ese noble grupo de científicos y literatos, gracias a cuyos esfuerzos España empieza a volver a ser conocida y respetada en el mundo y en cuya formación la Universidad de Madrid ha tenido siempre tan preeminente parte.

Esta suspensión de vida, además de los graves perjuicios de orden intelectual, irroga perjuicios materiales a muchos miles de jóvenes. Los estudiantes en quienes se fragua el pensamiento y la acción española de dentro de unos días y entre quienes están ya los directores de mañana reciben así ahora en su espíritu impresiones ingratísimas respecto del Poder, que aja sus ideales y sus aspiraciones de mejora y siente germinar semillas de rencor.

Yo, ya lo sé, sin autorización ninguna, con la disculpa de haber consagrado todo el esfuerzo de mi vida (sexagenaria ya) a la ciencia que profeso en esta Universidad de Madrid, me atrevo a dirigirme a usted para rogarle esa pacificación, que tan necesaria nos es.

Cualquier Gobierno que, para disponer de la acción más enérgica, crea necesario ser absoluto ve sin remedio lejos de sí a los que piensan que no basta vencer la dificultad del instante, sino que es preciso informar cada acto de modo que no decaiga del pasado más noble y sea ejemplar de un porvenir mejor. No es de extrañar que ante la acción enérgica de ahora se aleje la intelectualidad, que, por cima del instante, cultiva los principios absolutos de la ciencia y ahonda en los conceptos del Derecho y en la tradición nacional.

Para la pacificación necesaria espero que mi ruego parezca extraño. ¿No podría la Dictadura prescindir de sus procedimientos, al menos por ahora, en obsequio a la Universidad y la intelectualidad, que tanto representa en España? ¿No podría inclinarse a hacerlo después de haber probado la inutilidad de la fuerza dentro de los Claustros universitarios?

Que se enjuicie a estudiantes y profesores, según las leyes preexistentes; que se derogue la disposición causadora del conflicto; que se devuelva a la Universidad su libre personalidad, la totalidad de su acción, y ella, por sí sola, con sus autoridades elegidas por ella misma, representantes de su espíritu y de su tradición, regida por leyes protectoras, logrará en el acto restablecer, no sólo su funcionamiento aparente, sino su verdadera actividad con estímulos de vida, de cooperación y de iniciativa, que sólo pueden surgir con la paz y satisfacción cordial.

Hace unos lustros que se inició en España el resurgimiento de su vida intelectual, y por él nuestra Patria iba tendiendo a ocupar en el mundo un lugar semejante al que le ganaron sus intelectuales de mejores siglos. Este delicado florecimiento no podrá, seguramente, resistir a la desaparición de aquel espíritu de tranquila cooperación e iniciativa que hace tiempo está en peligro.

Conocedor de los altos pensamientos que animan a usted, elevo mi ruego para que no perdure el castigo que padece toda la colectividad universitaria. Lo hago previendo que una delicada rectificación no es menoscabo de autoridad, sino ensalzamiento de él, y seguro de que el Gobierno no desea humillar a ninguna de las instituciones que integran la nación, sino mantenerlas en el prestigio y vigor que para sí recaban, y sin los cuales ningún organismo vive ni fructifica.

El sacrificio de orden moral que hago al escribir esta carta y cualquier otro que de él se derive, debo aceptarlo en cumplimiento de un deber: el de intervenir del único modo que puedo (suspendidos los derechos de reunión y de representación colectiva) en un asunto que tan imperiosamente se impone a la preocupación de todos los que somos catedráticos.

Perdone usted la absoluta franqueza de expresión (no es tiempo de otra cosa) a su atento seguro servidor,

Ramón Menéndez Pidal

Madrid, 27 de marzo de 1929.

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscrición y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Vienen	₡ 947.55
Colegio Metodista (alumnos y profesores)	27.35
Fernando Dobles O.	60.00
Rubén Torres	10.00
Haya de la Torre.	5.00
	₡ 1049.90

A la señora viuda de Omar Dengo. Costa Rica.

Mi respetada señora: Pido a don Joaquín que le lleve estas palabras de ayuda en su pena. Mucho le estimé a su marido; mucho perdemos en su muerte, usted la primera; luego su país; luego los demás. Era bueno además de talentoso y sabía hacer las cosas que pensaba, habilidad rara en nuestra gente verbal. Va a hacernos mucha falta. He mirado con emoción su mascarilla de muerto, y no lo ví nunca; pero estuvo en el ruedo de mis aprecios mejores y yo le daba de lejos una callada amistad buena en la que había agradecimiento de su trabajo eficaz. Ahora me parece, mirando su perfil de muerto, tan parecido al de nuestro Magallanes, como si le hubiese conocido sin ir a su tierra, por adivinación de su cara. Mucha pena.

Leo con cierta complacencia la noticia de que su gobierno va a señalar a usted y a sus hijos una pensión. Confortan estas raras lealtades oficiales, y dicen mucho bien de Costa Rica.

Déjeme abrazarla en su tristeza y quedarme con usted como amiga.

Gabriela

(De Gabriela Mistral).

Y óigame: del próximo mes destine aunque sean cinco colones para la compra de la casa a la viuda de Omar Dengo. Quiero contribuir aunque sea con eso. Entrégueló a don Joaquín o a quien sea. Como es tan poco, quizá sería mejor ni que mi nombre apareciera. Pero todo lo dejo a la voluntad de Ud. Soy pobre y hago lo que puedo.

(Fragmento de una carta de *Haya de la Torre* a don Víctor Quesada).

María Teresa de Dengo y sus hijos Jorge Manuel, Omar, Gabriel y María Eugenia,

envían su expresión de gratitud más sentida a todas las personas que generosamente han contribuido a la compra de la casa en que hoy viven, y muy especialmente a don José Ramón Solera, *caballero que lanzó la iniciativa y que una vez más ha movido con su ejemplo la bondad de los otros; a don* Marco Aurelio Sáenz *y don* Juan Rodríguez S. *que la acogieron y con toda actividad le dieron realidad; a las comisiones que los ayudaron con el más grande esfuerzo y a don* José Manuel Peralta *que se desprendió de su casa por un precio que permitiera la compra de ella. La ciudad de Heredia ha dado un ejemplo sin precedente en el país, al querer en esta otra forma rendir homenaje a quien la amó y trabajó por su cultura,*

Omar Dengo,

quien murió sin dejar a sus hijos otra herencia que su nombre. La ciudad quiso hacerles el legado material que él no pudo y al hacer esto, se ha ennoblecido a sí misma y ha levantado su nivel espiritual a una altura digna de admiración y de respeto.

Nocturno

En el silencio de la noche húmeda
alguien pronuncia un nombre de mujer;
y al escucharlo el corazón suspira:
¡Ah... si pudiera ser!

¡Elena! En el silencio las tres sílabas
llegan a mi sombrío corazón:
gotas de agua que en nocturno pozo
agrandan y prolongan su rumor.

Lejanamente, en la callada sombra,
pasan la brisa y el rumor del mar:
nace en el pecho indefinible angustia
de tener alas, de poder volar...

¡Qué soledad tan triste hay en la calle!
¡Qué soledad tan honda en mi interior!
Ni una luz, que al brotar de alguna casa
me diga que alguien vela como yo.

El alma, en medio de la noche siente
la congoja sin nombre de vivir:
ve lo pasado en un cristal de lágrimas
y le infunde temor lo por venir.

De la reciente lluvia toda trémula,
busca la enredadera su balcón...
¡parece, cuando el viento la sacude,
que llora de esperanza y de ilusión!

Antorcha en la borrasca sacudida
que vemos inclinarse y vacilar,
pero que cada vez, con nuevo empeño,
hacia el cielo se vuelve a levantar:

el alma, en la tristeza de la noche,
ora a un presentimiento, ya a un dolor
cede y se inclina, pero al fin se alza:
¡llama inextinta de infinito amor!

¡Arder! ¡Arder lo mismo que la antorcha
que al navegante sirve de señal,
sin que a la costa que la noche enluta
llegue la que al arder debo alumbrar!

¿En qué región distante? ¿En qué planeta
oculta vive la que en sueños vi?
¡Pasó tal vez rozándome en el mundo
y buscándola en él, no la advertí!

Arder... amar... ¡y aguardarla siempre
sin que a mi corazón llegue jamás!
Buscarla en cada rostro, en cada sueño,
sentirla cerca... ¡y no poderla hallar!

Ya en la clepsidra que mis horas cuenta
quedan muy pocas horas de placer;
y viendo irse la vida me pregunto:
¿Cuándo vendrá a mi vida esa mujer?

¡Y tánto amor y tánto ensueño y tánta
ilusión que en mi alma se quedó
como el botón que sin que fuera rosa
la inclemencia del cierzo marchitó!

¡Elena! En el silencio de la noche
su nombre se ha perdido, pero aquí,
dentro del corazón, siento que un eco
lo vuelve dulcemente a repetir...

Ni una luz, ni una voz... Lejanamente,
pasan la brisa y el rumor del mar,
¡y en su balcón la enredadera trémula
deja el agua, hecha lágrimas, gotear!

Dmitri Ivanovitch

Panamá, octubre 1928

Sherwood Anderson

(Viene de la página 328)

milia no tuvo semejante en esto de desembrujar las casas. Viejas hechiceras a horcajadas sobre caballos blancos, cadáveres ululantes, gemidos, clamores, todo se calmaba cuando nosotros nos instalábamos en una casa de duendes. Y ¡cuántas veces, gracias a este talento innato en mi familia, hemos vivido de balde meses enteros en una casa confortable, haciendo, además, un buen servicio al propietario! Es un sistema. Lo recomiendo a los poetas afligidos por una prole numerosa.» Caballos, árboles, mujeres, interiores de establo, de tienda, de lupanar, de gran ciudad y de aldea, todo es acariciado por la mano aristocrática de Sherwood Anderson con la misma solicitud, empujado, elevado a esa ideal potencia estética que de una cosa o de un hombre insignificantes sabe hacer encantadores mitos.

* * *

Sherwood Anderson maneja un gran stock novelístico de elementos vitales, con maestría de primera mano. En contacto inmediato con las cosas, el arte de Sherwood Anderson tiene, a veces la fresca ingenuidad de un primitivo. Las primeras páginas de *The Story Teller's Story*—publicado por *Kra*, con el título de *Un conteur se raconte*—, tienen el encanto de un fluir de savia hecha retoños verdes, risueños, infantiles. Páginas inolvidables de poeta sin artificio, evocadoras, dulces. Y siempre temblorosas de inquietud inteligente. Es inexplicable cómo pudieron atribuirles una turbia influencia eslava. El mismo Sherwood Anderson quedó sorprendido al conocer tan inesperada ascendencia. He aquí sus palabras, donde vibra un humorismo encantador:

«Cuando adquirí un poco de fama como narrador, se me acusó a menudo de inspirarme en los rusos. Esta afirmación es plausible. Se apoya en una razón sólida.

»Ya hecho un hombre, cuando mis cuentos comenzaron a aparecer en las revistas más avanzadas, *The Little Review*, en el viejo *Masses* y, más tarde, en *The Seven arts* y *The Dial* [1], y se me acusó de padecer la influencia rusa, me puse a leer los rusos, para buscar lo que pudiese haber de verdadero en esta observación hecha acerca de mi obra.

»Así descubrí que, en las novelas rusas, los héroes comen siempre sopa de coles, y no dudo que los autores también la comen.

»Esto fué para mí una revelación. Muchas novelas rusas descubren la vida de los campesinos, y un crítico de Boston hizo notar un día que yo había introducido en la literatura el campesino americano. Ahora bien, es verosímil que los escritores rusos, como todos los autores que rehusan alimentar el gusto del público por la novela sentimental, se sienten felices si su vida no ha sido más miserable que la de los campesinos. «Debe de ser verdad lo que dicen los críticos—pensé—, porque como tantos novelistas rusos, yo me he alimentado en gran parte de sopa de coles.»

»... Pittsburg, por razones que jamás he comprendido, tenía la pasión de las coles, y cada vez comprendo menos por qué Pittsburg no ha producido más escritores realistas a la manera rusa. Pero dejemos a los psicólogos modernos que resuelvan este problema.»

* * *

Sherwood Anderson es el hombre de los caminos. No será pueril afirmar que de ellos conserva una salud, una lozanía, una rudeza amable, fielmente reflejada en sus libros. En éstos se respira anchamente, como en pleno y libre campo. Su escenario, pues, nada tiene que ver con el áspero y sombrío escenario ruso. Ni aún la tristeza sensual, tan amiga de esconderse entre muros, es admitida en los relatos de Sherwood Anderson. Alguno de sus personajes ama, pero su amor no es el eje de su vida. Amar es, para ellos, algo paralelo a comer, beber y ganar un *record*. Este olvido frecuente del tema erótico—tan visible en la literatura actual—se advierte, por fortuna, en Sherwood Anderson, que ha sabido hallar en la vida otras felices sugerencias.

Todo viejo acicate emotivo está ausente de Sherwood Anderson. La vida de sus héroes es serena, dura, inatacable por los ácidos de la resignación, de la piedad, de todas esas virtudes menores que—como el moho en un paredón vetusto—brotan de las viejas construcciones europeas. Podrá haber en estos libros, hombres sin fortuna; pero de ellos, ninguno se siente fracasado, ninguno pobre. Cuando alguno de estos héroes parece que va a pediros lástima, os insulta con la riqueza de su energía sobrante. Por Sherwood Anderson conoceremos bien nuevos tipos de humanidad. Walt Witman los presintió desde su vaga lírica auroral. Ahora comienzan a llegar a nosotros, mostrándonos sus músculos potentes, su tosco y enérgico espíritu, ejemplares de una raza original, transmutados ya y enriquecidos por el arte. «Ni Sancho, ni el cura, ni el Caballero del Verde Gabán, ni madame Bovary, ni su marido, ni el majadero de Homais, son interesantes. No daríamos dos reales por verlos a ellos. En cambio, nos desprenderíamos de un reino en pago a la fruición de verlos captados en los dos libros famosos». Así escribía José Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote*. Lo mismo podríamos decir ahora del rey del algodón, del petróleo, del estaño, del carbón...

Benjamín Jarnés

(*Revista de Occidente*. Madrid).

---

[1] A raíz de la publicación de *Many Marriages*, obtuvo Sherwood Anderson el premio de *The Dial*, que atrajo hacia el poeta la atención del mundo literario.

Soy un idiota

Fué para mí un golpe muy duro. Uno de los más duros que haya recibido. Uno de los tragos más amargos también. Y todo por culpa mía, por ser un idiota. Aun hoy, cuando me acuerdo, tengo ganas de llorar, de blasfemar, y me daría de bofetones. Tal vez encuentre todavía, a pesar del tiempo, cierta satisfacción en rebajarme a mí mismo contando cómo ocurrió.

* * *

Comenzó la cosa a las tres de la tarde, un día de octubre que estaba sentado en la tribuna principal en las carreras de caballos de Sandusky, en el Ohio. Eran las carreras de otoño, para trote y paso de andadura.

A decir verdad, me sentía un poco tonto de estar allí sentado, en la tribuna principal. El verano anterior me había marchado de casa y de mi pueblo con Harry Whitehead, y, en compañía de un negro que se llamaba Burt, habíame puesto a trabajar como mozo de cuadra, al cuidado de uno de los dos caballos que Harry hacía correr en las carreras de otoño de aquel año. Mi madre lloró, y mi hermana Mildred, que pretendía un puesto de maestra de escuela en el pueblo precisamente por entonces, llenó la casa de protestas y lamentaciones durante una semana entera, antes de mi marcha. A las dos les parecía una deshonra que uno de la familia se pusiera a mozo de cuadra para cuidar caballos de carreras. Me figuro que Mildred pensaba que si yo tomaba un puesto así, le impediría obtener el empleo que tanto trabajo le había costado.

Pero yo tenía que trabajar, y no encontraba otra cosa Un mocetón de diecinueve años no puede estarse haraganeando por la casa, y yo era ya demasiado crecido para seguir cortando el césped y arreglando el jardín de los vecinos, o vendiendo periódicos. Los chicos más bajitos que yo, me estaban continuamente quitando faenas, porque su poca estatura les ganaba las simpatías de la gente. Había uno que iba contando a todos los que necesitaban arreglar el césped de su jardín, o hacer limpiar alguna cisterna, que estaba ahorrando dinero para pagarse los estudios en el Instituto. Yo me pasaba las noches en vela, pensando cómo podría hacerle daño sin que me cogieran. Imaginaba que le atropellaba algún carrro, o que le caía un ladrillo en la cabeza al pasar por la calle. Pero dejémosle estar.

De modo que me coloqué en casa de Harry. Burt me gustaba mucho, y nos entendíamos a maravilla. Era un negro alto, fornido, de ademán perezoso y paso indolente, tenía unos ojos dulces, bondadosos, y cuando había que pegar era capaz de dar unos puñetazos como los de Jack Johnson. Él cuidaba a *Bucéfalo*, un garañón alto y negro, andador, que podía llegar a 2,09 o 2,10 cuando era menester. Yo atendía un caballito castrado, de nombre *Doctor Fritz*, que en todo el otoño no perdió una sola de las carreras cuando Harry quería que ganase.

Nos marchamos del pueblo a últimos de julio, en un furgón, con los dos caballos. Y luego hasta fines de noviembre anduvimos de un sitio a otro, donde había ferias y reuniones hípicas. Lo pasé estupendamente, debo decirlo. A veces pienso que los muchachos que se crían muy formalitos en sus casas, y no tienen por amigo íntimo a un negro castizo como Burt, y van al Instituto y a la Universidad, y no afanan nunca nada, ni cogen nunca una curda, ni aprenden a soltar ternos oyendo a muchachos que saben ensartarlos, ni se han paseado en mangas de camisa y con los pantalones de montar llenos de manchas frente a las tribunas, en días de carreras y cuando las gradas están llenas de gente postinera, vestida de gala, pues... Pero ¿a qué hablar de eso? Esos muchachos no saben nada de nada. No han tenido ocasión de aprender lo que es vivir.

Yo sí. Burt me enseñó a frotar un caballo y vendarle después de una carrera, y a quitarle el sudor, a jaroparlo cuando es menester y muchas cosas muy útiles. Él sabía ceñir una venda a la pierna de un caballo con tal suavidad, que si hubiera sido del mismo color, hubiera usted creído que era la misma piel. Y me figuro que de no ser negro, hubiese podido ser un gran jinete también, y llegar a la primera fila, como Murphy y Walter Cox y los demás.

¡Mecachis, cómo nos divertíamos! Llegábamos a un pueblo cabeza de condado, pongamos en sábado o domingo, y la feria comenzaba el martes siguiente para terminar el viernes al atardecer. Doctor Fritz había de correr, digamos en las de trote de las 2.25, el martes por la tarde; y el jueves, Bucéfalo había de dejarlos a todos helados, en las de paso libre de todas categorías. Así nos quedaba tiempo para gandulear y oír a los demás charlar de caballos, y ver a Burt largarle uno bien colocado a algún paleto que se propasaba. Y aprendía uno mil cosas en materia de caballos y de hombres también, cosas que pudieran serle a uno muy útiles para todo el resto de su vida, con tal de que tuviese sentido común y supiera guardar en la mollera lo que oía, sentía y veía.

Y luego, al cabo de la semana, cuando habían terminado las carreras en aquel pueblo, y Harry se había vuelto corriendo al nuestro para atender su cochera, que allí era el negocio que llevaba, pues enganchaba uno con Burt los dos caballos a unos coches y nos íbamos despacito por los caminos, hasta el otro pueblo donde había de celebrarse las próximas carreras; despacito, digo, para no acalorar a los caballos, y... etcétera—bueno ya se pueden figurar todo eso.

¡Ay, Señor! Había que ver lo bonitos que eran los nogales y las hayas y los robles y todos los demás árboles, a lo largo de las carrreteras, con sus hojas bermejas y encarnadas, y lo bien que olía el campo, y oír a Burt cantar una canción que se llamaba *Río profundo*, y mirar a las chicas viéndonos pasar desde su ventana, y todo eso. Por mí, pueden ustedes guardarse sus colegios donde quieran. Yo sé dónde me he educado.

Figúrense uno de esos pueblecitos que uno cruza en el camino, pongamos un sábado por la tarde, y Burt decía: «Quedémonos aquí». Y nos parábamos.

Y llevaba uno los caballos a la cochera, les daba uno de comer, sacaba uno el terno bueno de la maleta y se vestía uno decentemente.

Y el pueblo estaba lleno de labradores, boquiabiertos al mirarnos, porque veían que éramos de las carreras; y a lo mejor, los chiquillos no habían visto jamás a un negro, y tenían miedo y echaban a correr cuando íbamos paseando los dos por la calle principal.

Esto que cuento ocurría antes de la ley seca y de todas esas tonterías. De modo que los dos entrábamos en un café, y todos los paletos acudían y se quedaban mirándonos, y no faltaba nunca alguno que se las echara de entendido en caballos, y de saber la mar de cosas. Ése comenzaba a hacer preguntas, y uno no paraba de contar mentiras y más mentiras sobre los caballos que teníamos, y yo les decía que eran míos, y entonces algún muchacho de esos decía: «¿Quieren tomar una copa de *whiskey?*» Y Burt le dejaba helado contestándole con un tono superior y condescendiente: «Bueno, tomaré una copita con usted.» ¡Mecachis!

* * *

Pero todo eso no es la historia que quiero contar. Regresamos al pueblo a fines de noviembre, y prometí a mi madre que dejaría los caballos de carreras para siempre. Hay muchas cosas que uno no tiene más remedio que prometerle a una madre, porqne ella no sabe lo que son en realidad.

De modo que como no había en mi pueblo más trabajo que cuando me marché para ir a las carreras, me largué a Sandusky, y allí encontré nna colocación bastante buena. Se trataba de cuidar los caballos en casa de un hombre que llevaba un negocio de transportes y almacenaje. Era, como digo, unn colocación que no estaba mal, en la que le daban a uno buena comida, y un día libre a la semana. Dormía en una camita de campo en un gran pajar, y el trabajo casi se limitaba a echar heno y avena a una colección de caballotes que no hubieran sido capaces de ganar una carrera a un sapo. No estaba descontento, y podía enviar dinero a casa.

Y entonces, como empecé a contárselo a usted, llegó el día de las carreras de otoño en Sandusky. Pido la tarde libre, y salgo. Dejé el trabajo a medio día y me puse el mejor traje y mi sombrero marrón, nuevo, que había comprado el sábado anterior, y un cuello alto de esos almidonados.

Antes de todo, me fuí a dar una vuelta por las calles del pueblo con la gente de postín. Yo siempre me he dicho: «Hay que cuidar la fachada». Llevaba cuarenta dólares en el bolsillo, de suerte que entré en West House, que es un gran hotel, y me fuí al estanco que tienen allí: «Deme tres puros de a veinticinco centavos», dije yo. Había muchos hombres de los que andan con los caballos, y forasteros, y gente bien vestida llegada de otros pueblos,

paseando o charlando en el hall o en el bar, y me quedé entre ellos. En el bar vi a un fulano con un bastón y luciendo una corbata Windsor, de esas de lacito, que me daba asco mirarle. Me gusta que un hombre sea hombre, y que vista bien, pero no que presuma de ese modo.

Así es que le aparté un poco bruscamente, y pedí un *whiskey*. Él me miró entonces, como si fuera a propasarse, pero luego lo pensó mejor y se calló. Yo, al ver eso, pedí otro *whiskey*, nada más para que viera, y luego salí, y me marché paseando solito hasta el hipódromo. Cuando llegué pedí el mejor asiento que pude encontrar en la tribuna principal, pero no quise tomar un palco de esos. Sería mucho presumir.

Y ahí me tiene usted, sentado en la gran tribuna, más alegre que unas Pascuas, y mirando desde mi grada a los mozos de cuadra que salían con sus caballos, con los pantalones de montar sucios, y las mantas echadas sobre el hombro, lo mismo exactamente que hiciera yo el año anterior. A mí, la verdad, me gustaba tanto una cosa como la otra: o estar allí sentado, presumiendo, o andar por allá abajo mirando a los paletos y presumiendo más todavía, y dándome aún más importancia. En este mundo una cosa es poco más o menos tan buena como la otra, si uno sabe tomarla como es debido. Lo he dicho muchas veces.

Bueno, pues aquel día, en la tribuna principal y delante de mí justamente, estaban sentados un muchacho y dos chicas, los tres próximamente de mi edad. El muchacho era un tipo muy simpático. Parecía uno de esos que estudian en la Universidad, y luego son abogados o dirigen un periódico o cosa por el estilo; pero no se las echaba de personaje. Hay tipos de esos que están muy bien, y este que le digo, era uno de ellos.

Estaba con su hermana y con otra muchacha, y la hermana miraba hacia mi lado por encima del hombro de él. Por simple casualidad, al principio. Sin intención de nada—bien se veía que no era de las que coquetean—. Y por casualidad también, se cruzó su mirada con la mía.

Ya sabe usted lo que pasa. ¡Y qué bonita era! Llevaba un traje azul, suelto, liso, que parecía hecho de cualquier manera, pero muy bien cortado y cosido y todo. Sin saber mucho de esas cosas, me di perfecta cuenta. Cuando me miró me sonrojé, y a ella le pasó lo mismo. Era la chica más linda que hubiera visto jamás. Ni presumía tampoco, y hablaba muy correctamente, pero sin parecerse a una maestra de escuela o cosa así. Quiero decir que era una chica de primera. Supongo que su padre tendría algún dinero, aunque no tanto como para que ella se envaneciese de ser hija suya, como hacen algunas. Tal vez tuviera una droguería o un almacén de tejidos en su pueblo, o algo por el estilo. No me lo dijo, ni yo se lo pregunté tampoco.

Yo también vengo de buena familia, si a eso vamos. Mi abuelo era galés, y allá en su país, en Gales, pues él era..., pero dejemos esto.

* * *

Llegó la excitación de la primera carrera, y aquel muchacho dejó sentadas a las dos chicas y bajó a hacer una apuesta. Yo sabía ya a qué iba, aunque él no hablaba en voz alta para que todos los vecinos se enteraran de que era aficionado, como hacen otros. Él no era así. Luego vuelve y le oigo decir a las chicas el nombre del caballo por el que acaba de apostar; y al acercarse el fin de la carrera, casi se ponen



Marco A. Zumbado,

Secretario de la *Sociedad Económica de Amigos del País*, sorprendido por el lápiz de Fernando A. Quirós en sus actividades de organización de las conferencias dictadas en el Teatro Nacional de Costa Rica por el filósofo y escritor hindú, Dr. Carlos Jinarajadasa, y verificadas en las semana comprendida entre el 4 y 18 de mayo último.

de pie los tres, y comienzan a excitarse y a sofocarse como hace la gente cuando ha puesto dinero en una carrera y el caballo suyo está cerca de los primeros, y cree que va a despegar y llegar el primero a la meta; pero el caballo no llega porque le falta nervio, se lo aseguro.

Y poco después salen los caballos para la carrera de andadura de las 2,18, y entraba en ella un caballo que yo conocía. Era un caballo que Bob French llevaba entre los de su cuadra, sin ser suyo. El propietario era un señor, un tal Mathers, de Marietta, en el Ohio.

Este señor Mathers era muy rico, creo que dueño de unas minas de carbón o cosa por el estilo. Tenía una estupenda casa en el campo, y era muy aficionado a los caballos de carreras. Pero pertenecía a la Iglesia presbiteriana, o a no sé qué secta de este jaez, y seguramente su mujer también, y aun apostaría que ella era más beata y rígida que él. De modo que nunca corrían sus caballos bajo su nombre, y, según contaban por los hipódromos del Ohio, cuando uno de sus caballos estaba entrenado y a punto para correr, se lo pasaba a Bob French, haciendo creer a su mujer que lo había vendido.

Así es que Bob manejaba los caballos un poco a su antojo, y ¿quién se lo va a reprochar? Yo no, desde luego. A veces salían a la pista para ganar, y a veces para perder. Yo

nunca me preocupé mucho de esas cosas mientras anduve de mozo de caballos. Lo que sí me importaba era que mi caballo tuviera velocidad y fuera capaz de ganar siempre, cuando quería uno que llegase el primero.

Como le estaba diciendo a usted, en esa carrera entraba Bob con uno de los caballos del señor Mathers, que se llamaba *Abu Ben Ahem*, o algo así, y más veloz que el rayo. Era un caballo castrado, que llegó a marcar 2,21, pero capaz de andar 08 o 09.

Pero cuando yo andaba con Burt, como se lo he contado a usted, el año anterior, había un negro que Burt conocía y que trabajaba para el señor Mathers; y fuimos allí a verle un día que no teníamos carrera en la feria de Marietta, y Harry, el amo, se había marchado.

Todo el mundo se había ido a la feria y no quedaba en casa más que el negro; y nos llevó por toda la finca del señor Mathers, y nos enseñó la casa de arriba abajo, que por cierto era estupenda, y él y Burt descorcharon una botella de vino que el señor Mathers tenía escondida en su alcoba, en el fondo de un armario, sin que lo supiera su mujer, y nos enseñó ese caballo *Ahem*. A Burt le hubiera gustado mucho ser jinete, pero como era negro, no le hubiera sido fácil salir del montón. Y él y el otro negro se tragaron toda la botella entera, y Burt se alegró un poco.

Así es que el negro dejó a Burt que sacara ese *Abu Ben Ahem* y lo montara, y le hiciera correr cosa de una milla, en una pista que el señor Mathers había instalado allí mismo en la finca, para él solo. Y el señor Mathers tenía una hija, algo enfermiza y no muy guapa, que se volvió a casa y tuvimos que darnos prisa en meter a *Abu Ben Ahem* en la cuadra.

* * *

Yo se lo cuento a usted todo para que sepa exactamente cómo ocurrieron las cosas. Aquella tarde, en la feria de Sandusky, ese muchacho se alborotó algo por perder su apuesta estando con las dos chicas. Ya sabe usted lo que pasa en esos casos. Una de ellas era su novia, y la otra su hermana. Yo me lo había figurado.

«¡Caramba!», pensé. «Voy a darle el soplo.»

Se mostró muy amable cuando le toqué en el hombro. Él y las chicas estuvieron amabilísimas conmigo desde el primer momento y hasta el último minuto. No les echo a ellos la culpa.

Se inclinó hacia atrás, y yo le di el aviso acerca de *Abu Ben Ahem*. «No juegue usted un centavo en la primera vuelta de esta carrera, porque andará como buey que tira del arado. Pero cuando termine el primer recorrido, baje usted enseguida y apueste todo lo que quiera». Esto es lo que le dije.

Bueno, pues en mi vida he visto a un muchacho tratarle a uno más finamente. Había un hombre gordo sentado detrás de la chica más joven—que por cierto me había mirado ya dos veces, y yo a ella, y los dos enrojecimos—, y no se le ocurre al muchacho otra cosa sino tener el atrevimiento de volverse y pedirle a aquel gordo que se levantara y cambiase el asiento conmigo, para que yo pudiera estar con ellos.

¡Señor de los cielos! Me estaba bien empleado. ¡Qué imbécil había sido en ponerme tonto en el bar del hotel West House, y sólo porque aquel presumido estuviera echándoselas de guapo con su bastón y su corbatita, subírseme a mí también los humos a la cabeza y beber todo aquel *whiskey*, nada más que por afán de hacerme el hombre!...

Claro que ella se daría cuenta, cuando yo me sentase a su lado y recibiera ella el olor

de mi aliento. Me hubiera pateado a mí mismo, y lanzado fuera de la gran tribuna hasta obligarme a correr alrededor de aquel hipódromo, y más aprisa que casi todos los jamelgos que había allí aquel año.

Porque la muchacha no era tonta, ni mucho menos. ¡Qué no hubiera dado yo en aquel momento por tener un trocito de goma para mascar, o un caramelo, o una pastilla, cualquiera cosa! Afortunadamente llevaba en el bolsillo aquellos puros de a veinticinco centavos, y en seguida los saqué, le dí uno al muchacho y encendí el otro. Entonces se levantó el gordo, cambiamos de asiento, y ahí me tiene usted plantado al ladito mismo de ella.

Hicieron la presentación. La novia del muchacho se llamaba Elinor Woodbury; su padre era fabricante de barriles en Tiffin, un pueblo del Ohio. El nombre del muchacho era Wilbur Wessen, y el de su hermana, Lucy Wessen.

Me figuro que aquellos nombres tan elegantes fué lo que me hizo perder los estribos. Un muchacho, sólo porque haya sido mozo de cuadra y atendido un caballo de carreras, y se encuentre colocado en una casa de transportes no es por eso ni mejor ni peor que cualquier otro. Lo he pensado muchas veces, y lo he dicho también.

Pero ya sabe usted lo que le pasa a uno. Había un algo en aquella ropa tan elegante que llevaba, y en aquellos ojos tan bonitos que tenía, y en su modo de mirarme, un momento antes, por encima del hombro de su hermano, y yo mirándola también, y los dos rojos de rubor.

No podía yo pasar por un tonto cualquiera, ¿verdad?

Pues hice el idiota, ¡pero de qué manera! Dije que me llamaba Walter Mathers, y que vivía en Marietta en el Ohio. Y luego les conté a los tres la mentira más gorda que usted puede imaginar. Les dije que mi padre era el dueño de aquel caballo *Abu Ben Ahem*, y que se lo había dejado a ese Bob French para correrlo, porque nuestra familia tenía mucho amor propio, y nunca había tomado parte en las carreras, quiero decir, bajo nuestro nombre. Ya había soltado el embuste, y los tres se acercaron para oírlo mejor, y como le brillaban los ojos a la señorita Lucy Wessen, fuí sacando todo el ovillo.

Les hablé de nuestra finca allá en Marietta, de las grandes cuadras y de la hermosa casa de ladrillo que teníamos, arriba, en una colina, dominando el río Ohio; pero tuve buen cuidado de no contarlo presumiendo. Lo que hice fué empezar nada más que insinuando las cosas y luego dejar que me sacaran el resto a fuerza de preguntas. Aparenté mucha discreción, como si se lo contara todo contra mi voluntad. Mi familia no tiene ninguna fábrica de barriles, y desde que tengo edad de poder recordar las cosas, la he conocido siempre bastante pobre; pero a pesar de eso no hemos pedido nunca nada a nadie, y mi abuelo, allá en el país de Gales..., pero dejemos esto.

Empezamos a charlar como si nos hubiésemos conocido toda la vida, y les dije que mi padre no tenía mucha confianza en aquel Bob French, y que me había enviado a Sandusky a escondidas para enterarme de las cosas.

Y tuve el aplomo de contarles que había descubierto todo el pastel para la carrera de las 2.18, en la que *Abu Ben Ahem* tomaba parte.

Le expliqué que éste perdería en la primera vuelta, andando como una vaca coja, pero que luego entraría de veras y los dejaría a todos en mantillas. Y para afirmar mejor mi consejo

el campesino

entra por las ventanas hogareñas
la sinfonía abrupta de los campos.

el beso de la aurora
se sumerge en las lágrimas caídas de la noche.

y la mirada tosca
del campesino,
desnuda en su tragedia
echa sobre la espalda
pedazos de descanso.

sonríe el campesino.

y con la negra lampa cabalgada en el hombro
traga todo el perfume
que existe en la mañana,
en bocanadas llenas
de música salvaje.

A. E. Manco Campos

Lima, abril, 1929.

---

saqué del bolsillo treinta dólares, que le entregué al señor Wilbur Wessen, rogándole, si no le era molesto, bajara al terminarse la primera vuelta, y me los pusiera sobre *Abu Ben Ahem*, cualquiera que fuese la cuota en contra. Me excusé diciendo que no quería que me viesen ni Bob French ni ninguno de los mozos de cuadra.

Efectivamente, se corre la primera vuelta y *Abu Ben Ahem* fué haciendo su recorrido de la peor manera posible. Parecía un caballo de madera, o un jamelgo enfermo. Llegó el último. Entonces bajó el muchacho ese, Wilbur Wenssen, a la taquilla de las apuestas, que estaba debajo de la gran tribuna. Y ahí me tiene usted con las dos chicas; y en una ocasión que la señorita Woodbury miraba hacia el otro lado, Lucy Wenssen me tocó así un poquito, con el hombro, ¿sabe usted?, un poco nada más. Sin empujar, claro está. Ya sabe usted cómo se las arreglan las mujeres para esas cosas. Se acercan, pero sin propasarse. Ya me entiende usted. ¡Ay Dios!

* * *

Y entonces me dieron el gran susto. Sin que yo lo supiera, se habían juntado los tres y habían decidido que Wilbur Wessen apostara cincuenta dólares, y las dos muchachas diez dólares cada una, y de su dinero particular. Ya me sentía mareado, pero luego había de ser peor.

Por lo que hace al caballo ese, *Abu Ben Ahem*, y al dinero que había apostado sobre él, no me preocupaba gran cosa. Salió de primera. *Ahem* corrió las tres últimas vueltas paseándose, como una cesta de huevos podridos entra al mercado, antes de que nadie se dé cuenta; y Wilbur Wessen cobró nueve dólares por cada dos que apostara. Era otra cosa lo que me estaba fastidiando.

Pues volvió Wilbur, después de hacer la apuesta, y se pasó casi todo el tiempo charlando con la señorita Woodbury, dejándonos solitos a Lucy Wesse y a mí, como si estuviéramos en una isla desierta. ¡Señor, si no hubiera cometido aquella tontería antes, si hubiese podido repararla! Ni existe ningún Walter Mathes, como se lo conté a ella y a los demás, ni ha existido nunca; pero si lo hubiera, le aseguro a usted que mañana mismo iba a Marietta, en el Ohio, y le dejaba seco de un tiro.

Ya ve usted si me había metido en camisa de once varas, sólo por ser un idiota. A poco terminaron las carreras, y bajó Wilbur a cobrar nuestro dinero, y dimos un paseo por la población, y nos ofreció una cena opípara en en el Hotel West House, hasta con una botella de champaña y todo.

Y ahí estábamos los dos juntos, la muchacha y yo. Ella no hablaba gran cosa ni yo tampoco. Una cosa sé, y cierta: que si me había tomado simpatía no era por aquella mentira de que mi padre era rico y todo eso. No: hay ciertas cosas y detalles que no engañan. Ya me entiende usted... ¡Mecachis! Hay cierto tipo de muchacha que sólo encuentra uno una vez en la vida, y si no se da uno prisa y aprovecha la ocasión, se acabó todo, y casi más valiera que se tirase uno al río. Lanzan una mirada de esas que les salen de dentro, y no se trata de broma: lo que significa es que uno quiere a esa muchacha para casarse y rodearla de cosas bonitas, de flores y trajes elegantes, y que sea la madre de los chiquillos que uno desea tener, y oír buena música, no canciones de esas de la calle. ¡Maldita sea mi suerte!

Hay un sitio cerca de Sandusky, al otro lado de una especie de bahía, que se llama la Punta del Cedro. Y cuando terminamos de cenar nos fuimos allá en una canoa de motor, nosotros solitos. Wilbur, la señorita Lucy y la señorita Woodbury habíau de tomar el tren de las diez para regresar a Tiffin, en el Ohio, porque cuando uno sale con muchachas de esa clase no es cuestión de descuidarse y perder el tren y pasar toda la noche fuera de casa, como se puede hacer con otras chicas.

Y Wilbur nos pagó la canoa, que le costó sus buenos quince ojos de buey; pero no me hubiese enterado de no prestar atención, porque no era de esos que tocan la bocina cada vez que se gastan un duro.

Una vez allá, en la Punta del Cedro, no nos quedamos donde estaba la gentuza alborotando. Había grandes salones de baile y comedores para los paletos, y una playa en que podía uno pasearse hasta donde no había luces y estaba oscuro. Por allí nos fuimos nosotros.

Ella apenas hablaba, y yo tampoco decía gran cosa. Estaba pensando cuánto me alegraba de que mi madre fuera de buena familia, y nos hubiese enseñado a comer en mesa con un tenedor cuando éramos chiquillos, y a no tragarnos la sopa atropellando y metiendo ruido groseramente como esas cuadrillas en juerga que se ven en los hipódromos los días de fiesta.

Entonces Wilbur y su novia se fueron de paseo por la playa, y Lucy y yo nos quedamos en un sitio oscuro, donde había raíces de árboles viejos que el agua había socavado; y de aquí a la hora de regresar en la canoa para que tomaran el tren, pasó el tiempo como un relámpago. Un abrir y cerrar de ojos.

Fué de la manera siguiente. El sitio donde nos quedamos era oscuro, como acabo de decírselo a usted, y las raíces de aquel tronco viejo se extendían como brazos, y olía a humedad, y la noche era como si uno pudiera tocarla y sentirla con la mano, de tibia que era, y suave y oscura y dulce como una naranja.

Hubiera llorado y blasfemado y brincado y bailado, de loco que estaba, y contento y triste al mismo tiempo.

Cuando volvió Wilbur de pasear con su novia los dos solitos, y Lucy le vió venir, dijo ella: «Tenemos que irnos al tren ya», y casi estaba llorando ella también, pero no sabía lo que yo y no podía estar tan alborotada. Y entonces, antes de que Wilbur y la señorita Woodbury llegasen al sitio donde estábamos, alzó ella la carita y me dió un beso, así rápido, y puso la cabecita sobre mi pecho y estaba toda temblando y... ¡maldita sea mi suerte!

* * *

A veces quisiera tener un cáncer y morirme. Ya me comprenderá usted. Para cruzar la bahía y marcharnos al tren subimos a la lancha, en aquella misma forma, y también en la oscuridad de la noche. Ella me decía en voz baja que le parecía como si pudiéramos salir del barco los dos y andar sobre el agua. Parece una tontería, preo yo entendía lo que quería decir.

Y en un instante nos encontramos en la estación, donde había un montón de gente, paletos de esos que van de feria en feria, empujándose y dando vueltas y más vueltas, como si fueran ganado. ¿Cómo hubiera podido hablarla en medio de ese gentío?

—No nos parecerá largo el tiempo, porque usted me escribirá y yo le contestaré...

Eso es todo lo que me dijo.

No tuve medio de explicarle nada. ¡Maldita sea mi suerte! ¡Qué ocasión perdida!

A lo mejor, ella me escribiría a la dirección de Marietta como yo le había dicho, y la carta le sería devuelta por el correo, y pondrían en el sobre: «No existe este fulano», o algo así; en fin, lo que ponen en las cartas cuando no encuentran al individuo.

¡Y yo tratando de hacerme pasar por un tío de postín, ante ella, la criatura más decente que Dios ha hecho jamás! ¡Maldita sea! ¡Qué ocasión me he perdido!...

Llegó el tren, y ella subió, y Wilburg Wessen vino a estrecharme la mano y la señorita Woodbury, de lo más amable, me hizo un gran saludo, y yo otro a ella. Cuando se marchó el tren no pude aguantarme más y me puse a llorar como un chiquillo.

¡Señor! Hubiera podido echar a correr detrás del convoy, y a mi lado Dan Patch hubiese parecido un tren de mercancías después de un descarrilamiento. Pero ¡maldita sea! ¿Para qué? ¿Ha visto usted jamás un idiota semejante?

Le digo a usted que si se me rompiera un brazo ahora mismo, o me pasara un tren encima del pie, no iría a ningún médico. Ahí me quedaría, dejando que me doliera cada vez más. Se lo juro a usted.

Le digo que si no hubiera bebido aquel maldito aguardiente, jamás hubiera sido tan idiota para contarle semejante mentira. Un enredo que no había medio posible de enmendar después a una muchacha tan honrada como ella.

Quisiera tener aquí ahora al fulano ese de la corbatita Windsor y del bastón. Le rompería la cara como se lo digo a usted. ¡Maldita sea su estampa! Es un tonto rematado, así como se lo digo.

Y si hay otro idiota mayor que yo, que me lo traigan, y dejaré de trabajar y le dejaré mi puesto. No me importa ya nada, ni el trabajo, ni ganar dinero, ni ahorrar para un estúpido como yo.

Sherwood Anderson

(Tomado de la *Revista de Occidente*. Madrid.)

Aclaración

El editor, y a la vez director y propietario del Repertorio Americano, *declara que la fotografía de los emigrados peruanos que aparece en la entrega anterior, folio 308, así como el texto que la explica, los recibió de un grupo de tales emigrados, residentes en Nueva York.*

Y aprovecha esta ocasión para declarar que escribe muy poco en este semanario, que es, como su nombre lo indica, más una compilación de artículos de prensa hispánica, que una revista de colaboraciones originales y exclusivas. También afirma que no es un adversario oficioso y sistemático de las dictaduras hispano-americanas. Los escritos que las atacan provienen, por ejemplo, de emigrados de Chile, del Perú, de Venezuela o de Cuba, cuya voz clama justicia. El Repertorio *acoge estos clamores, pero no se cierra a la defensa obligada o espontanea de los que tienen intereses comunes con las dictaduras. Basta hojear la colección de este semanario para convencerse de su imparcialidad. En algunos casos ni ha sido sorda la revista al elogio de ciertas disposiciones de los gobiernos dictatoriales del caso, cuando ha salido de escritores honrados.*

Tablero

= 1929 =

De una de las experiencias interesantes de nuestro colaborador don Clodomiro Picado T. (Véase el Núm. 3 del *Rep. Am.*, tomo en curso, página 43) se habla en este suelto de *La Nación* de Buenos Aires, número del martes 19 de marzo de 1929:

Maternidad dual

La avicultura está de parabienes. A ello se refiere el título, que no versa a Dios gracias sobre el caso alguno teratológico, ni siquiera sobre los conocidos pollitos con dos cabezas o cuatro patas.

No. Es la dulce, común, maternal y benéfica gallina la que está en juego, en toda su integridad anatómica y funcional. ¡Y con qué halagüeñas perspectivas!

La gallina, felicidad del pobre y a menudo rompecabezas del rico, posee dos fases maternales bien distintas, que si no trastornan a la ciencia pura, provocan en cambio muy grandes desazones a la humilde dueña de la casa.

La gallina emplea la mitad de su actividad material en poner huevos, y la otra mitad en incubarlos. Nada nuevo se observa con esto, y la pródiga naturaleza alaba como es debido esta virtud de la gallina. Pero ella constituye a la vez la pesadilla del gallinero, porque gallina que incuba no pone, ni volverá a poner en varios o muchos meses.

Las razas de selección—ponedoras o incubadoras exclusivas—remedian en algo esta dualidad del amor maternal, tan nefasta a la economía. Pero amén de que dichas razas están, por su precio y sus cuidados, fuera del alcance del modesto gallinero, no se soluciona con ellas el problema.

¿Qué predomina en la gallina? ¿Qué faz de su complicada aptitud maternal se halla más profundamente arraigada en su naturaleza materna: la de poner huevos o la de incubarlos?

Si lo supiéramos, habríamos adelantado un gran paso. Y es precisamente este paso el que acaba de darse en los laboratorios nacionales de Costa Rica.

Habiéndose sometido a varias cluecas a la inyección de dos centímetros cúbicos de suero sanguíneo de gallinas que estaban poniendo, comprobóse que tras la segunda inyección (24 horas entre una y otra), las cluecas variaban sensiblemente de modo de ser. Tras la tercera inyección, no buscaban más volver al nido. Y a la cuarta, «el aspecto y la voz» de las gallinas habían cambiado. Diez días más tarde ponían de nuevo.

Sobra el comentario sobre las perspectivas que a la industria avícola en general y a la crianza doméstica en particular abren las experiencias señaladas. No son éstas abundantes todavía, y exigen para su evidencia una larga continuidad. Pero el resultado obtenido no es menos halagüeño, sobre todo si se consideran las facilidades que da, y al alcance de todo el mundo, para extirpar de los gallineros la ruinosa manía de incubar, propia de las benéficas gallinas.

Referencia.—...yo tengo un libro viejo, muy lindo, llamado *Agricultura general de Herrera*...—Cita de **Marco Fidel Suárez.**

Valencia y la muerte del Mariscal Foch

Popayán, 22 marzo 1929

Excmo. Ministro Francia. Bogotá.

Saludo respetuosamente Vuecencia. Uno mi humilde voz al coro universal que lamenta la desaparición del héroe epónimo, el insuperable Mariscal Foch quien al defender a su patria, la Francia inmortal, triunfó para la humanidad e hizo renacer la esperanza en millares de corazones. Nuestra gratitud se sumará a la de pueblos que venerarán su memoria dilatándola sin término! Muy rendidamente,

Guillermo Valencia

In memoriam

Chiquián, a 31 de enero de 1929.

Señor
Joaquín García Monge
San José, Costa Rica

Mi muy estimado don Joaquín:

Acabo de informarme en nuestro *Repertorio* y de esparcir la noticia entre mis camaradas, de la desaparición personal del escenario de la vida, del Maestro Omar Dengo.

Con el espíritu hondamente entristecido por tan grave dolor, pero fuertemente retemplado por la tremenda desgracia, me dirijo a usted, don Joaquín, en nombre mío y de mis compañeros, suplicandole se digne hacer llegar a la familia y colegas y al ilustre pueblo del Apóstol, nuestras lágrimas y sobre todo, la religiosa comunión que hemos celebrado en el santuario de nuestra conciencia, con la hostia bendita de las virtudes de Omar Dengo, para guardar mejor su nombre y sembrar sus enseñanzas, en

lo más íntimo de nuestro corazón y en las almitas blancas de los escolares peruanos, cuyo espíritu voló ante los despojos del Gran Maestro, en la persona de su digno vocero y paisano Haya de la Torre.

Los jóvenes y niños de esta generación, culminarán con la obra de los virtuosos batalladores como Omar Dengo, y, cuando haya la deseada felicidad de Indoamérica, sus nombres brillarán en el recuerdo vivo de cada día, como las estrellas en el cielo.

Quiera usted aceptar una vez más los sentimientos de mi admiración hacia usted y *Repertorio*, y los afectos y agradecimientos de los maestros de escuela de este pedazo de los Andes.

Cariñosamente.

A. S. Centurión

NOTA:—...En este mi lado leen ahora *Repertorio* personas que no sabían si existía Costa Rica; esto es la demostración de mi mayor afecto para *Repertorio* y para mí mismo.

Legisladores y legislados

¿Es tan raro ver las leyes quebrantadas por los mismos que las dictaron? Es una cosa vulgar, que sucede en todas partes. Por eso no vale el dinero que ha costado ese cablegrama que nos cuenta cómo van a ir a presidio, por contrabandear con alcohol, dos diputados yanquis que votaron leyes feroces contra los infractores de la «ley seca». Si yo fuese su abogado, me parece que sabría defenderlos de tal modo que quedarían, no sólo en libertad, sino en libertad de beber a todo trapo.

El legislador no legisla para sí, sino para el pueblo. Sólo tiene ojos y pensamiento para la salud pública en peligro. Si legisla pensando en sí mismo, es inmoral.

El pueblo no come abundantemente; se desgasta mucho con el trabajo; y carece del dinero necesario para saborear bebidas caras. La bebida, en esas condiciones, le destruye. Hay que privarle de la bebida. El legislador debe hacerle abstemio mediante las más duras coerciones. Pero el legislador que come bien, trabaja poco y puede pagarse vinos y licores de marca, no tiene para qué prohibirse el placer del *trinquis*. En último caso, si revienta un legislador no pasa nada. Pero si revienta el pueblo es un aburrimiento, porque a los legisladores supervivientes no les queda nada que hacer.

Las leyes no se hacen para el que las dicta. El que las dicta debe, por el contrario, lanzarlas de sí con tal ímpetu que no le quede dentro nada de ellas. Un hombre que dicta leyes, dicta tantas, que si las observase acabaría viéndose envuelto en una maraña inextricable que no le dejaría libertad para seguir dictando.

El que dicta necesita libertad; pero es el único que la necesita. Porque la libertad es una primera materia que hay que administrar elaborada y dosificada. Y aun así dicen que produce intoxicaciones en los organismos débiles.—*Heliófilo.*

(*El Sol*, Madrid).

Etimología

Según estos escritores, el nombre de ley viene de la palabra griega que significa dar a cada uno lo suyo; yo creo que su nombre viene de *legere*, elegir. Así, pues, para ellos, el carácter de la ley es la equidad; para nosotros, la elección; y en el hecho, uno y otro carácter pertenecen a la ley.—*Cita de Cicerón.*

Testimonios

La labor directiva (continuó nuestro repúblico) debe estar apartada de ambiciones y discordias, porque éstas son las polillas del buen éxito. «La ambición de Pizarro y Almagro no cupo en mil ochocientas leguas que hay desde el Estado de Magallanes a Antioquia», dijo Antonio de Herrera. La ambición es natural en todo pecho que aspira a elevarse dignamente, y cuando se acompaña de egregias cualidades, es indicio de vocación patriótica. Lo malo en esto es que muchos políticos se desviven, no por prestar altos servicios y sí por tener la primera magistratura, que no siempre es la cabecera, creando así perniciosas competencias y olvidando que la reputación y aun la gloria pueden florecer en empleos que no sean el primero: Portales es más famoso quizá que todos los presidentes de Chile, y Webster y Seward pueden aparearse con Garfield y con Lincoln.—*Cita de Marco Fidel Suárez.*

Demás de esto, habíase de considerar en el gobierno lo que nuestro amigo Platón escribe divinamente: *Que cuales son los principales en la ciudad, tales suelen ser los demás ciudadanos.*

(De una carta de *Cicerón* a *P. Léntulo*).

Vamos proa a la justicia

«Le veo a usted aprista con el mayor y más sincero gusto. Estamos viviendo la hora más interesante de América, la de su liberación *efectiva y total*. Vamos proa a la justicia, jóvenes y vigilantes, optimistas y fuertes. ¿Tiranías? ¿Dictaduras? ¡No importan! Martí y Leguía, Bolívar y Gómez serán siempre términos antagónicos. Estos serán definitivamente opacados por aquélllos.

(Fragmento de carta; de una amiga, y escritora, cubana).

Bibliografía titular

Los libros y folletos recibidos

Universidad de Chile. *El desenvolvimiento científico de la Universidad de Chile*. Discurso del Rector Dr. Daniel Martner. Santiago de Chile. 1928.

Se nos quedaba:

Los antiguos alumnos salesianos al virtuoso y abnegado *R. P. Domingo Soldati* Homenaje de cariño. Costa Rica. Enero de 1928.

Rubrican este homenaje, entre otros señores importantes, don Ric. Jiménez, don Arturo Volio, don Julio Acosta...

Toque de Diana. El alma de Chile en la lira de sus bardos. Antología patriótica por Víctor Domingo Silva, Cónsul de Chile en Madrid. Imp. Chile. Santiago. 1928.

Donación de la Legación de Chile en Costa Rica.

Espumas de Opalo. Sonetos y Epístola escritos por Xavier de Ximenez. Editados por Ayestas y Cía. Guatemala. C. A.

Agenor Argüello: *Anforas de Silencio*. (Versos). Ahuachapán. El Salvador. 1928.

Donación del autor.

Ciro Nava: *El libro de los fragmentos*. (Páginas de ayer y de hoy). París. 1928.

De las ediciones Seremos. Maracaibo. Venezuela. Donación del autor. S/c: Norte 10. No. 462. Caracas.

La Editorial RENACIMIENTO, de Madrid nos honra con este envío:

Viajes y Fantasías, de Benito Pérez Galdós. Volumne IX de la *Obras Inéditas* ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.

La Comisión Nacional del CENTENARIO DE ITUZIANGO. (Paraguay 2285. Buenos Aires. Rep. Argentina) nos remite:

BOLETINES del Ejército Republicano y PROCLAMAS del General en Jefe. 1826-1827. (Reproducción facsimilar). Buenos Aires. 1928.

Imprenta Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica